
EA
LOS 3 AMORES DE EVA
ERINA ALCALÁ

LOS TRES AMORES DE EVA

(Erina Alcalá)

El que ha conocido solo a su mujer y la ha amado, sabe más de mujeres que el que ha conocido mil.

(León Tolstoi)

CAPÍTULO I

Cuando Eva López, vino al mundo en una clínica privada de Las Palmas, en Gran Canaria, una de las Islas Canarias, vino de pie, fue la única niña que nació en esa pequeña clínica privada ese día. Nació de cesárea porque venía de nalgas, de pie y su madre era primeriza.

Llegó para comerse el mundo, como loba, llorona y preciosa, como la niña que no sufre por el canal del parto, sin moratones, preciosa. Todas las enfermeras iban a su habitación a ver la niña bonita que había nacido de cesárea. Porque era preciosa. Se parecía a su padre Damián López, canario de otra isla, de Tenerife. Tenía algunos rasgos moros la niña, o canarios, las cejas altas, la boca de labios preciosos, gruesos y delineados, ojos grandes y rasgados marrones muy claros, que parecían amarillos, chiquita. La nariz sin embargo era pequeña y las orejas, como las de su madre Celia Gómez.

Damián y Celia se conocieron en Madrid, estudiando. Ella era una chica bajita de un pequeño pueblo de Jaén, de casi 1,60 m., morena y de ojos verdes. Tenía un pelo largo y liso por la cintura y era guapa, de labios delineados, no tan gruesos como los de su pequeña, y nariz pequeña. Graciosa. Desprendía luz. Era de esa gente luminosa que provoca buenas vibraciones. De esas que entran en una estancia y se notaba la buena vibración y un halo de luz que alegraba el lugar donde entrara. Una sonrisa preciosa.

Y Damián, que medía 1,70, no era muy alto, era tranquilo, como casi todos los canarios, o la fama que tenían, atractivo, de grandes ojos marrones claros, y labios gruesos. Era inteligente. Y allí vivieron cuatro años juntos durante la carrera, cuando se enamoraron Celia y él.

Al acabar la carrera, como Celia iba un año más retrasada que él a pesar de tener un año más, Damián se preparó unas oposiciones al estado y aprobó. Así pidió unas de las plazas y se la dieron. Pidió una que había en Las palmas. Su intención final era irse a Tenerife, la tierra de él, donde estaba toda su familia, cuando saliera una plaza para allí y así estar con toda su familia y en su tierra, y Celia estaba tan enamorada, que estuvo de acuerdo.

Allí no había trabajo para Celia, se quedó embarazada. Fue por casualidad, sin buscarlo. Y aunque se preparó unas oposiciones a justicia y aprobó, se quedó sin plaza.

Pero allí vivieron tres años felices con algunos matices infelices. Alquilaron un piso en el centro, maravilloso, al lado de todo. El mercado, un super muy grande y una avenida a los centros comerciales, cine y la playa de las Canteras a quince minutos andando.

Se sacó Damián el carnet de conducir y se compraron un coche de segunda mano. Celia fue muy feliz por primera vez, incluso tuvieron amigos, una pareja de Jaén. Él era profesor allí y su mujer no trabajaba. Tuvieron un hijo a la vez que ellos y otra chica y su madre vaska que tenían un niño un año mayor que el de ellas. Y a veces se reunían por las tardes con los chicos en la plaza a tomar un café.

Con el tiempo los de Jaén se fueron de las Palmas y se enteró de que se habían divorciado y tenían otro hijo. A Celia le dio pena. No supo ella que seguiría el mismo camino años después.

Lo único que fallaba en la historia de Celia, era la familia de Damián, que no la querían. Era una familia rara para ella, cerrada, que no abrazaba ni besaba. Y eso fue el detonante con las cosas que le hacían, sobre todo la madre, y decían, para que cuando su hija tenía 3 años, salieron las

plazas esperadas y Celia dijo que no se iba a Tenerife ni loca. Que si Damián se quería ir, ella se iba con su hija a su pueblo de Jaén. Y después ya vería.

La otra opción era la otra plaza, a Sevilla. Y Damián decidió Sevilla libremente, para tener a su hija y para que la familia de él odiara más a Celia. Pero ella no iba a estar allí, sufriendo. Siempre había sido un alma libre. Un alma libre al que él cortó sus alas con el tiempo.

Y Eva, esa niña canaria y preciosa, fue creciendo sola, mimada como señorita, bonita y muy inteligente, la primera siempre de su clase. Los profesores la querían y se lo decían a los padres, que era una niña linda y estudiosa y además tenía un comportamiento excelente en la clase.

Se hizo más sevillana que los propios sevillanos, le gustaba la Feria, la Semana Santa, trajes de gitana, trajes negros con peineta para la Semana santa, Los reyes de paje de Baltasar, la feria del pueblo, la del pueblo de su madre. Allí también se hizo amigas.

De niña, fue un tanto caprichosa y la niña de su padre, que le ayudaba a recoger los juguetes cuando su madre se lo ordenaba. No era manera de educarla si el padre contradecía las órdenes de la madre. Y eso le pasó factura a Celia, que pasó a ser el poli malo de la película con el tiempo y las gracietas.

Pero allí vivieron tiempos felices. Se compraron un piso en Dos Hermanas, un pueblo grande cerca de Sevilla, porque la capital, era prohibitiva para comprar en 1989, año en que llegaron a Sevilla.

A Celia le encantaba, aunque el calor era insoportable y allí encontró trabajo, uno de tras de otro.

Eva absorbía todo. Tuvo una vez en primaria una profesora loca y cuando venía del cole, se metía en su habitación y daba las mismas voces y repetía como un loro lo que hacía la profe, para descargarse. Los padres se reían cuando la oían desde el salón, era tremendo y tremenda la profesora. Gracias que estuvo un año con los niños tan pequeños, porque esa mujer estaba desquiciada.

Su vecina, Manoli, un año menor que ella, fue su amiga, y aún lo era a través del tiempo. Y hacían sus travesuras en casa de una u otra.

Y así Eva cuando tuvo casi ocho años le pidió una hermana a su madre. Ésta no quería porque sabía que le costaría otra cesárea y lo había pasado muy mal con ella y la depresión post parto, pero tuvieron otra hija, Estela, más parecida a la madre.

La diferencia de edad fue latente hasta hacerse mayores. Ahora se llevaban muy bien. Siempre fueron uña y carne.

Pero algo cambió en Eva. Ya dejó de ser la niña bonita de su madre, se alejó de ella y se unió a su padre, creyendo que su madre no la quería, cunado su madre no quiso más hijos. Y fue por ella por la que dio de nuevo su cuerpo con todas las consecuencias.

Y sintió alejarse a esa niña de ella sin saber por qué. Y Celia, siguió siendo el poli malo de esta película que vivió con ese hombre. Con el tiempo se dio cuenta de que fue el culpable de todo habiéndola culpable a ella. Típico de un narcisista. Y ella ajena a todo. Poque antes no se hablaba de narcisismo ni maltrato psicológico o encubierto.

Pero ella supo que ya su padre estaba tramando quitarle el amor y la unión que tenían hija y madre. Así de simple y claro. Así es la envidia y hay personas malas revestidas de corderos. Y

Celia se daría cuenta cuando se divorciaron años después e hizo cuentas de su vida. Retazos, frases, gestos, amagos, todo.

CARLOS…. Primer amor.

Con el primer chico con el que salió Eva, su primer amor, fue Carlos, un chico alto, de cerca de su casa. Se conocieron en el colegio y en el instituto y estuvo saliendo con él dos años. Eran muy jóvenes. Su primer amor.

Era Alto para su edad y era guapo. Un buen chico. Formal, que la quiso mucho. Eva era difícil y necesitaba un chico más adulto que un adolescente y a pesar de que salieron dos años y se querían mucho, lo suyo no siguió adelante. Fue su primer hombre o chico. La familia de él la conocía y la quería mucho. La de Eva también, al menos la madre. Su hermana Estela era muy pequeña aún y no se daba cuenta de nada.

Carlos tenía dos hermanos, era el menor de tres, un hermano el mayor y una hermana. Su hermano ya era independiente en ese tiempo. Y ambos, tanto Eva como Carlos querían estudiar ingeniería.

Por circunstancias que no fue la diferencia de edad, sino de que él era un chico tranquilo, y de que ella necesitaba un adulto, se separaron, pero la familia la quería mucho a ella y fue algo que no esperaban. Las madres, que se conocieron a través de que ellos salían juntos, se apenaron mucho.

Carlos la dejó a ella, y no por otra, sino por su forma de ser intransigente. Él era como era y no podía cambiar por nadie. Era joven. No fue por otra chica ni nada de eso.

Fue con el primer chico con el que se acostó, con el que tuvo sus primeras relaciones sexuales y dejó de ser virgen y él también. La torpeza de la adolescencia en el sexo. Pero aprendieron juntos.

No pudo ser. Había algo superior que les impedía avanzar. La juventud, la diferencia de caracteres, lo que fuese. Y terminaron, con pena para todos, peor acabaron.

Y un día le dijo Eva a su madre: **sé que lo hemos dejado, pero no sé por qué, sé que terminaremos casados algún día. Tengo esa sensación.**

Pero su madre sabía a ciencia cierta y por propia experiencia, que los primeros amores, eran los amores del pasado, los que se dejaban atrás, los que se recordaban y con el tiempo quedaba un bonito recuerdo. Pero eran eso: pasado.

La madre de Carlos murió de un cáncer unos años más adelante y la madre de Eva que la conocía y hablaban a veces cuando coincidían en el supermercado o en la calle, charlaban y les daba pena que ambos hijos no hubiesen seguido juntos y se contaban qué hacían cada uno.

Y la mujer se compró un perrito. La madre de Eva no supo si es que se lo compraron estando enferma o antes.

Cuando murió la madre de Carlos, la madre de Eva, veía al padre de Carlos cuando salía a dar su paseo matutino, triste, paseando al perrito y Celia se emocionaba. Pues la madre murió joven. Fue una pena. Era una buena mujer, estupenda, como todos los que se van.

Con el tiempo y la universidad, Carlos hizo ingeniería, Eva también. Carlos se fue a Italia a trabajar y ella, al acabar la Universidad ya tenía otro chico con el que salió en el instituto, dos años después de dejar a Carlos y antes de entrar a la Universidad.

CAPÍTULO II. Segundo amor. José Manuel…

José Manuel, tenía un par de años más que ella. Se conocieron a los 18 años. Se enamoraron perdidamente, pero ese tampoco sería el hombre de su vida, sino uno de los hombres de su vida. El segundo amor. 11 años de novios, saliendo, 3 compartiendo dos pisos distintos y finalmente se casaron.

José Manuel, era un chico muy bueno, como Carlos, pero sin iniciativa. Se volvía a repetir el mismo patrón de la primera vez. Discutían mucho, se llevaban muy bien, se querían mucho y volvían a discutir mucho. Era un círculo cerrado. En el que Eva se desquiciaba.

Fue un amor largo, peor difícil y desquiciante, de faltaban el respeto, se querían, ella quería que fuese como ella quería y fue un desastre amoroso tremendo. Una burbuja que con el tiempo explotaría.

Eva le quería indicar su camino en la vida buscando el hombre que no era. José Manuel estaba acostumbrado a estar en casa con su hermano y que su madre le hiciera todo. Su madre era divorciada y tranquila.

En vez de ir a la Universidad, que su madre no pudo pagársela, en la fiebre del ladrillo, entró a trabajar en una inmobiliaria vendiendo pisos, casas y locales y era bueno. Ganaba un buen dinero a la vez que lo gastaba con sus amigos y le daba a su madre que no tenía trabajo y cobraba apenas una ayuda mísera del gobierno.

Y no se pensaba en esa época en el futuro. Ganaba una buena pasta vendiendo pisos, cuando los bancos te daban el 120% para la casa, las reformas, el coche y el viaje de novios a Cancún. Y eso explotaría como explotó.

La burbuja inmobiliaria explotaría a todos en plena cara, creando una pobreza a la que no te acostumbras. Los bancos se quedaron con las casas y pisos que la gente no pudo pagar y escaseo el dinero, no se podía comprar, no se gastaba, cerraron tiendas y comercios…

Y en la explosión, él se quedó sin trabajo. Cobró el paro y ella sí encontró trabajo. Vivieron juntos en un piso en el pueblo y luego en otro cerca de los padres de Eva, con piscina comunitaria, por supuesto de alquiler.

Y ahí empezaron a discutir. Ahí empezó todo.

A veces cuando iban a comer a casa de Celia, José Manuel le decía. De broma:

-Celia te la voy a traer de vuelta.

Y Celia que había chocado mucho con ella y lo había pasado mal, le contestaba:

-De aquí, el que sale por la puerta no vuelve más.

Y se reían.

Algo similar le pasaría a Celia años después.

La familia, bueno, la madre de Eva y su padre, le ayudó en ambos pisos a pintarlos y a arreglarlos.

Y casi tres años después de vivir juntos, decidieron casarse, no por la Iglesia, porque ni él ni ella eran creyentes.

Se casaron cuando ambas familias no estaban bien económicamente, ya que se casaron en la crisis del ladrillo, como se llamó esa época. Habían vivido en un piso casi dos años en un piso y otro y medio en otro distinto, cerca de los padres de Eva. Y podían haberse quedado unos años más de alquiler…

Quisieron hacer una boda por todo lo alto cuando no tenían dinero para colmo, en una hacienda preciosa. Algo para lo que no tenían dinero, ya que él trabajaba en una inmobiliaria que cerró con la crisis, cobraba el paro, poco, y empezó a estudiar una carrera, Dirección de Empresas y ella trabajaba para una empresa aeronáutica.

Y con el paro de él y el sueldo de ella, vivían, pero sin permitirse lujos, salir demasiado pagar tantos caprichos: una caseta mensualmente para la feria, viajar o que él pagase una chirigota de carnaval a la que estaba apuntado, cuánto más, casarse por todo lo alto en ese tiempo de escasez por la que el país atravesaba. Y a Eva le parecía que él no era consciente de que había que trabajar y ganar más dinero.

Eligieron la peor época para casarse, sí, para todos, familiares y amigos. Fue un capricho que pagarían caro, y para ello discutieron mucho, fue pedir un préstamo para esa boda que no podían permitirse, que no amortizaron con lo que la gente le regaló en la boda y la compra posterior de una casa, preciosa que a los dos años se compraron, cuando el matrimonio ya hacía aguas.

Cometieron muchos errores. Sin haber pagado el préstamo de la boda, se compran, no un pisito, sino una casa cara.

Y cuando la estaban pintando y adecentando, arreglando y decorando, él ni siquiera entró a vivir allí, su estrés llegaba a límites insospechados y ella echaba para adelante cuando no se daba cuenta de que él no podía, de que le exigía demasiado.

Se divorciaron en esos momentos de su vida, con lo cual Eva quiso quedarse con la casa, su sueldo y pagar todo. Sus padres le ayudaron, le compraron a pesar de estar mal económicamente, más enseres para la casa. Lo cual hizo que se endeudaran sus padres más aún también, ella también. El divorcio y cuanto pudieron ayudar a su hija no sumó, sino que para colmo restó, no solo económicamente, sino emocionalmente a todos.

Y Eva lo pasó muy mal, porque once años de novios y dos de casados y se divorcian, le pasó factura emocionalmente. Se querían mucho, pero no podían convivir juntos. Se perdieron el respeto desde hacía tiempo y ya no era sino discutir y discutir, y ya no hubo vuelta atrás.

Y cuando Eva, se recuperó, un año después tanto emocional como económicamente, pudo ajustar su presupuesto a sus pagos. Y ya se quedó relajada, aunque pagaba mucho, porque era una casa, pero también ganaba mucho.

Intentaron volver, porque en el fondo se querían tras tantos años de relación, pero eso duró dos semanas y ya decidieron que el divorcio se hiciera efectivo del todo y la casa a nombre de Eva que le encantaba.

Ese fue el segundo amor, el más difícil, el que más le costó dejar ir hasta el momento y el segundo ciclo cerrado en la vida amorosa de Eva. El que más le había pesado, pero el que debía dejar atrás para siempre. Porque se hacían daño, porque las cosas no tenían remedio ni vuelta

atrás. Porque ella dominaba, porque él sufría, porque ella sufría y quería un hombre seguro y con iniciativa. Porque cuando no se puede, no se puede por más que lo intentes.

Tuvo que dejar de hablarse con él y con la familia porque si no, aquello no concluía y debía concluir y cerrar el ciclo de esa vida con él, para comenzar una nueva vida.

Y así pasó el tiempo.

A veces lo echaba de menos. Vivir sola era duro, el trabajo y la perrita la salvaban, pero debía aprender. Ella era dura, sensible y dura como la vida que te golpea sin esperarlo. Así iba a veces a casa de sus padres y hablaba con su madre que le daba buenos consejos, que fue la que más le ayudó a seguir adelante. Pero cuando se quedaba sola, era ella la que debía seguir. Lloraba a solas, con su perrita, pero debía continuar. La vida no acababa en José Manuel. Había un mundo ahí fuera, lleno de posibilidades.

CAPÍTULO III. Tercer amor. Robert…

Robert era un chico dos años mayor que Eva. La primera vez que la vio, hacía bachillerato en el instituto, estaba de vacaciones de verano, un instituto distinto al de ella, ya que Robert, vivía en Sevilla Este, un barrio de Sevilla capital, cerca de Dos Hermas, y allí había un instituto cerca de su casa.

Robert, medía 1,84, ojos marrones y pelo corto, era guapo y salía con Lola una chica bastante guapa, cuando Eva salía con José Manuel. Tenía modales y era un chico recto, pero irónico. Quería ser policía local. Pero antes debía terminar el instituto. No tenía intención de hacer una carrera de momento, salvo terminar el instituto y prepararse para las oposiciones.

Su madre no trabajaba y su padre tenía una zapatería en Sevilla, en el centro de esas de toda la vida, y una hermana menor Rocío que estudiaba aún el último año de colegio.

Ese verano, Robert, fue con su novia y sus amigos, un grupo de ellos, a la feria de DosHermanas. Y se metieron en una de las casetas de un amigo de ese pueblo. Y era la misma en la que estaba Eva y José Manuel y él se la quedó mirando. A pesar de salir con Lola, a él le gusto esa chica pequeña y guapa. Y después no pudo olvidarla. Preguntó por ella a su amigo que la conocía y se presentaron todos.

Y posteriormente él la siguió por Facebook, luego por Instagram, pero no le decía nada.

Y al año rompió con Lola y siempre preguntaba por Eva, e intentaba verla en cada fiesta, aunque la vio con él un par de veces, nada más.

Hasta que pasaba el tiempo y él aprobó las oposiciones a policía y entró en la policía local. Y le dieron su plaza en Dos Hermanas. La vida da casualidades. Pero Eva se había casado y él dejó de seguirla.

Hasta que dos años y medio después, en un comentario con un amigo policía que la conocía a ella, le dijo:

-¿No te gustaba Eva, la chica esa del pelo largo?

-Sí que me gustaba, pero se casó con el novio que tenía.

-Pues se ha divorciado.

-¿Qué se ha divorciado?, ¿cuándo?

-Hace seis meses o así.

-Pero si se casó hace dos años…

-Pues se han divorciado tío y ella se ha quedado con la casa que compraron. Vamos que él ni entró.

Y a Robert le faltó tiempo para pedirle amistad en Facebook y en Instagram y seguirla de nuevo. Y ella que lo reconoció, se la dio como se la daba a mucha gente, sin más.

Y así transcurrió otro medio año. Y él por lo que se enteró, por casualidad, era de que se iba de vacaciones quince días sola, a unas cabañas a la sierra de Huelva ese verano.

Y él, que recorría medio mundo, le encantaba viajar, había ido ya a varios países desde que era policía y ganaba un buen sueldo y se había comprado un piso en Sevilla Este, del barrio de Sevilla, de dónde era, y lo había amueblado y arreglado a su gusto. No perdía el tiempo. Era un gran trabajador nato y perseguía sus sueños y ahora iba a por Eva.

Así que pidió sus vacaciones a la misma vez, ese mismo mes.

Y se fue a la sierra a por ella.

Llegó de noche un día después que Eva, para que no fuera tanta coincidencia. Iba a hacerse el encontradizo con ella, como si fuese la casualidad más grande del mundo.

Y esa mañana se levantó más tarde y se fue a la piscina y la vio recostada en una tumbona, en bikini, era amarillo, guapísima, con la sombrilla para que no le diera mucho el sol.

Leía un libro y tenía la toalla al lado, encima de un bolso de plástico con cosas, un peine, brillo para los labios, la llave de la cabaña y un monederito. Era observador.

El paraje era impresionante, maravilloso, así como la temperatura. El sol brillaba en lo alto. Había unas cuantas personas en la piscina no demasiado grande, de aguas azules. Y a pesar de ser policía, era también un hombre y se acercó nervioso a ella.

-¿Eva? - le dijo como si supiera que no estaba allí.

-¿Robert?, ¿qué haces aquí? Hace tiempo que no nos vemos.

-Años, aunque estamos en Facebook e Instagram.

-¿Y cómo es que estás aquí? Tus fotos son todas de vacaciones a países lejanos.

-Podría decirte lo mismo. ¿Esta tumbona está ocupada? ¿Tu marido?

-No estoy ya casada, me divorcié hace casi tres años.

Y él se sentó.

-¿Qué dices?, no me había enterado de eso, si te casaste hace poco, o eso me dijeron.

-Sí, cinco y medio.

-¿En serio y ya llevas todo eso divorciada?

-Ya, he durado menos casada que de pareja. Dos años casados tan solo.

-Lo siento, de verdad.

-No, no lo sientas, la convivencia ya se nos hacía imposible. Fue de mutuo acuerdo. No éramos compatibles.

-Pero sí que viviste con él algunos años.

-Sí, dos y medio o algo más antes de casarnos y dos casados, pero no podía ser.

-Bueno, si es para bien - dijo poniendo la toalla en el suelo con un libro.

-Es para bien y tú, ¿no tenías novia o es cosa mía?

-Hace mucho tiempo que lo dejamos, años. Y desde entonces no he vuelto a tener nada más, digo

de relaciones.

-¿Y qué haces ahora?

-Pues soy policía local en tu pueblo.

-¿En serio?

-Sí, allí me destinaron y me compré un piso en Sevilla Este, donde vivo.

-Nosotros nos compramos una casa - y le dijo la zona y Robert la conocía, por supuesto, lo sabía todo- pero no llegamos a vivir juntos y me la he quedado yo, me gusta. Desde que la vi, me enamoré de ella. Claro que mis padres me han ayudado mucho con muebles, grifos y lámparas y demás. Y para colmo tuvimos que pintarla y ponerla a mi nombre de nuevo. Muchos gastos.

-Eso sí.

-Así que antes de ir a algún viaje después de cuatro años sin ir, he venido a descansar, esto es impresionante. Estaba ya con un estrés…, pero gracias a Dios, todo pasa.

-Sí, la verdad, un amigo me habló de estas cabañas y fíjate como tú, he venido, tenía ya mucho estrés haciendo guardias, y noches para irme lejos, como me gusta. Así que prefiero desestresarme e irme luego. Este año no tengo pensado nada todavía. Espero pensarlo aquí.

-Bueno ¿y cuántos días vas a estar?

-Diez días.

-Como yo entonces.

-Pues mira, podemos hacer algunas excursiones por la zona.

-Lo había pensado.

-Podemos ir juntos, a no ser que quieras estar sola, me lo dices y no te molesto.

-No me molestas hombre Robert, iremos. Prefiero ir con alguien que sola, pero nadie ha querido venir. Ya, la gente que conozco o están casados o tienen niños o hacen planes distintos.

-Eso es ya lo normal ¿Y después dónde piensas ir?

-No lo sé aún, iré a DosHermanas y estaré un día. Y aquí lo pienso, mientras. ¿Y tú?

-Pensaba ir a Roma y Suiza. No muy lejos este año. Aunque en Roma ya he estado, pero por ver otras ciudades.

-¿No a la India?

Y él se rio…

-Aún no he ido, todo se andará.

-Este año más cerca, que tengo también que conocerlas.

-Suiza debe ser bonita.

-Verde y tiene unos paisajes que me gustaría ver.

-¡Qué casualidad! A ver si nos juntamos más y verás.

-Estaría bien.

-Entonces ¿no te has casado ni nada?

-No, no me he casado. Estoy bien así. Tengo mi piso, una perra, que la tiene mi madre.

-¡No me digas!, yo tengo otra, pero se la dejo a una chica que me la cuide, porque mi madre tiene un perro y no se llevan bien.

-Bueno. Me alegro de verte. Has cambiado.

-Claro, si hace por lo menos seis o siete años que no nos vemos. ¿No vas por la caseta de la feria?

-No, aprovecho para trabajar. Me gusta viajar y quiero conocer el mundo. Pues anímate y te vienes.

-Tendré que reunir. Que acabo de salir ahora del berenjenal donde me metí. Pero ya al menos sólo tengo la casa. El resto lo quitamos.

-Es que mujer te compraste una casa que es de las más cara.

-Sí, además cara, pero es bonita, tampoco es que sea muy grande. Tiene una cocina, un salón un patio pequeño y lavadero y bajo las escaleras un aseo pequeño, aprovechando el hueco. Y arriba tres dormitorios y dos baños no muy grandes.

-Pues está bien mujer. Mi piso es de tres dormitorios y dos baños, uno más pequeño. Eran de nueva construcción y me gustaron mucho, aunque le hice unas reformas.

-Mi casa también, ahora quieren hacer otra fase, pero con esta crisis creo que tardarán un tiempo. Me gusta mucho la zona, tengo campo para sacar a la perra y la gente va a andar por allí. Está muy bien. Aparcar es lo que más cuesta, pero hay una zona de tierra o lo pones delante de casa. No me gusta meterlo en el porche, aunque para eso está.

-Bueno, te dejo leer. Voy a darme un baño.

-Yo también, luego leo. Me he comprado esta novela para las vacaciones.

-Yo también me he comprado una para estas vacaciones, pero veo que te gustan con muchas páginas.

-Sí- rio ella. -Mi madre dice que me gustan las novelas que son tochos. Y es verdad. Anda vamos al agua un rato.

Y se metieron en el agua…

Estuvieron un buen rato en el agua y luego salieron. Le encantaba el cuerpo de Eva. Era pequeña y él medía más de metro ochenta. Alto y tenía un buen cuerpo. Iba al gym a diario y por supuesto corría por las mañanas. Y tenía un cuerpo perfecto. Era el perfecto sevillano. Y como policía, era serio e imponía autoridad a pesar de su juventud. En la vida era irónico.

Volvieron a charlar sobre sus vidas y estuvieron bañándose un rato y leyendo otro, como si fuesen dos amigos que se encuentran y solo se habían visto en realidad un par de veces. Pero a Robert, siempre le había gustado y preguntado por ella a los amigos que tenía en DosHermanas y

sabía que la conocían, como si presintiese que iba a ser suya algún día.

Y cuando se enteró de que se había casado, pues más o menos lo esperaba y se dijo que nada había que hacer, pero cuando se enteró de que se había divorciado, ya no había muros que él no pudiese atravesar por ella. Y allí estaba a su lado. Al lado de la única mujer que le había gustado de verdad en su vida.

Cuando eran las dos decidieron ir al comedor juntos a comer. Eva tenía una sonrisa y una risa preciosa y la ironía de Robert, la hacía reír. Y hacía tiempo que no se sentía relajada y se reía sin los problemas económicos ni emocionales, ni los días de tristeza y soledad que había tenido.

Había estado comiendo cuando se separó, casi seis meses en casa de sus padres y su madre le compraba comida y le daba 50 euros cuando su padre no la veía, para la gasolina de ir al trabajo y para cenar o desayunar. Una madre sabe eso, aunque ella no lo pidiera. Y en seis meses pagó lo que debía y solo le quedó la hipoteca y pudo seguir adelante. Aunque esta época le produjera estrés.

En la vida, se pasa por momentos malos, pero ahí está la familia, para ayudarte, tus amigos… Y en esos momentos, sabes realmente quien sí y quién no merece la pena estar en tu vida.

Pero luego nos olvidamos. Y somos desagradecidos.

Ahí estaban, pasándolo bien en el comedor, tomaron un helado de postre y se fueron hasta las cabañas.

-Esta es la mía-dijo Eva.

-Pues no estamos muy lejos la mía está tres cabañas más adelante.

-Porque serán las individuales.

-Por eso. ¿Qué vas a hacer esta tarde-¿le preguntó Robert?

-Creo que me echaré una siesta y meriendo y quizá me dé una vuelta por el pueblo. Necesito un par de cosas. Otro bikini, solo tengo ese. Y una toalla, ya veré y un pareo.

-¿Me das tu teléfono?

-Claro- lo intercambiaron.

-Me llamas para el café y te acompaño al pueblo, es un paseo y me apetece andar. Si no te molesto claro o quieres ir sola… Y si quieres tomamos café en el pueblo.

-Prefiero ir acompañada. Y sí, tomamos café allí. Vale. Es una buena idea. Cuando me despierte te envió un wasap.

-Vale, así me compraré yo otro bañador.

Y ella se reía.

-Hasta luego Robert- me gusta haberte encontrado.

-Y a mí -dijo él.

CAPÍTULO IV

Cuando entró en su cabaña Eva pensó en las casualidades, Robert estaba bueno, más que bueno, era atractivo y gustaba. Había visto cómo las chicas y hasta las mujeres de cierta edad lo miraban al entrar al comedor con su aire de seguridad al caminar.

Lo cierto es que después de su fracaso matrimonial y tantos años con José Manuel, no había pensado en otro hombre. Solo se había ocupado y preocupado por salir adelante económicamente, arropada por sus amigos, familia…

El problema de los amigos de tantos años era que ahora no podían dividirse. Tenían muchos. Eran un grupo grande, pero el tiempo diría qué o quiénes. Aunque ella se refugió más en amigas y en el trabajo.

Pero ver a Robert, le volvió a mover algo, aunque no debía pensar nada de eso, pero era libre y hacía tiempo que no tenía sexo, y ella era una chica pasional y sexual, claro que no iba a tener con él, lo conocía, de vista sí, pero tenía amigos comunes y no quería que nadie hablara de ella, ni sabía qué buscaba él de las chicas.

Y ella no estaba por la labor de rollos y menos con conocidos. Habían sufrido mucho, tanto su ex y ella y separarse queriéndose porque la convivencia era terrible. Ya se habían faltado el respeto y eso no se arreglaba ya.

Él se acomodó a no tener trabajo, ni estudiar y a Eva le gustaba un hombre con ambición, en el buen sentido. Era muy independiente. Y además él no hacía en casa nada, con lo cual, se exasperaba y no hubo nada que hacer.

Bueno, era mejor no pensar en el pasado y vivir el presente y se alegraba de ver a Robert que la había invitado a ir con él de vacaciones. Quizá se lo pensase. Era mejor que ir sola. Ya vería, a lo mejor se lo había dicho por cumplir.

Se quedó dormida y despertó a las cinco y media, se puso unas zapatillas de deporte, unas mallas y una camiseta y lo llamó, mientras se retocaba un poco de pintura.

-Ya salgo Robert. Si estás listo…

-Venga, yo también.

-¿Has dormido bien?- le dijo cuando salió a su encuentro.

-La verdad es que sí, el baño y el silencio de la sierra… ¿Y tú?

-También, estaba cansado. He tenido días de mucho trabajo y ganas de cogerme vacaciones. Y me muero por un café.

-El pueblo está ahí cerca. A ver si encontramos una buena cafetería.

Y dieron con una cafetería grande y bonita. Tenía helados, dulces, tartas y Eva no sabía si pedirse un trozo de tarta o un helado. Él se pidió un helado y ella también al final.

-Si vengo otro día me pido un trozo de esas tartas.

Estuvieron bastante tiempo en la cafetería. Él le contó que con la crisis la zapatería de su padre se

iba al traste. El local era alquilado y estaba pensando en dejarlo y alquilar uno muy pequeño para arreglar zapatos y vender llaveros, navajas, hacer llaves.

-¡Qué pena de negocios! Mi madre tuvo que cerrar una tienda de ropa hace más de un año también.

Los centros comerciales, los factorys, las tiendas chinas de ropa y zapatos que afloraban por todas partes, se comieron a los pequeños comerciantes.

Después de charlar un poco de cómo él después del bachillerato no había hecho ninguna carrera porque quería ser policía local y se estuvo preparando dos años, tanto físicamente como las oposiciones y obtuvo plaza en el pueblo de ella, pero se compró un piso en Sevilla, cerca de sus padres.

Dieron un paseo por el pueblo, compraron la ropa que necesitaban y fueron a las cabañas de nuevo a dejarlo todo. Ya era tarde.

-¿Subimos mañana al castillo por la tarde?- le dijo él.

-Pues sí, se ve bonito, y quería verlo.

-Pues el café y en vez de compras nos vamos a verlo por la tarde mejor.

Y así esa tarde fueron otro rato a la piscina y se estuvieron bañando hasta que la cerraron. Luego a cenar.

Él le daba calma y paz, aunque tenía carácter, como ella, pero al menos se lo pasó bien con él.

Se sentaron en uno de los jardines esperando ya que abriera el comedor para la cena una vez que se fueron a las cabañas y se ducharon.

-Esta noche hay baile después de la cena.

-¿Pachanguero?- dijo ella y él rio.

-No lo sé, podemos tomar una copa al fresco, no nos vamos a costar a las 10.

-Sí, está bien, me cambio de ropa después de cenar y vamos un rato.

-Paso a por ti a las diez.

-Está bien. Lo pasaremos bien.

-A eso hemos venido.

-Bueno y qué, ¿lo sigues queriendo o eso está olvidado?, porque han sido muchos años. No contestes si no quieres. Perdona ha sido una pregunta personal.

-No importa Robert han sido muchos años, sí, nos separamos queriéndonos, pero la convivencia era imposible, lo intentamos de nuevo, pero no duramos ni dos días. Así que el divorcio está cerrado, la historia acabada y creo que fue bonita mientras duro, pero si no pudo ser, no pudo ser. Yo creo que nos queremos por tantos años, pero enamorados ya no, al menos yo. Ya han pasado tres años y creo que hay etapas en la vida. Ahora estoy en otra. Ese ciclo está cerrado. No me hablo con él, no lo saludo, ni a su familia. Solo a su hermano y creo que es lo mejor para mí.

-¿De reconstrucción? ¿Cerrado por obras?

-No, ni siquiera me he planteado nada porque no me ha surgido nada en estos tres años. Bueno, sí que me han surgido, pero no he querido.

-Ya te surgirá. Eres muy joven.

-Tampoco tengo prisa. Lo que tenga que ser, será. Mira, ya va la gente al comedor, vamos.

A Robert, le gustaba bromear con ella y divertirse, pero le costaba. Aún no estaba seguro de que ella hubiese superado su matrimonio. A pesar de haber pasado tres años. Ya iría él viendo si se animaba.

La recogió a las diez y se fueron a tomar una copa.

Robert, la veía tan pequeña y preciosa y se gastaba unas blusas o camisetas con unos escotes grandes. Tenía un pecho grande y precioso. Su madre siempre le decía que llevaba demasiado escote, pero era parte de ella llevarlos. Su hermana Estela llevaba menos y su madre nunca enseñaba escotes, si acaso un asomo.

La música como sabían era pachanguera y a ella le recordó a la de las fiestas de agosto del pueblo de su madre, en Jaén, de dónde era, de un pueblo pequeño.

Ellos se reían con la gente y hablaron de sus trabajos, y se tomaron un par de copas, pero esa noche no se animaron a bailar. Luego dieron un paseo de vuelta y él la dejó en la cabaña, le dio las buenas noches y se atrevió a acercarse a ella y dejarle un beso en los labios.

Fue robado y ella se quedó que no supo que hacer. Intentó no darle importancia, hasta que cerró la puerta de la cabaña. Se había quedado muda, asombrada, inquieta… No se creía que le estuviera pasando eso. Ni lo esperaba, ni pensó que volvería a sentir mariposas en el estómago. Y menos con Robert. Sí estaba bueno, sí era guapo, sí, era un chico seguro de sí mismo, sí, tenía un cuerpo de infarto… Pero, lo que era la vida, lo había conocido años atrás cuando ambos tenían pareja.

Sus labios quedaron sellados en los suyos y le gustó, y mucho. Parecía una adolescente. Robert la imponía. Ella había estado acostumbrada a ser la que dominaba en las relaciones que tuvo con José Manuel, y sabía que, con ese, ella no lo sería y eso le atraía mucho.

No se lo podía creer, como tampoco se lo podía creer Robert, sus labios hermosos los tuvo donde querían, y serían suyos y su cuerpo antes de irse de esas cabañas.

Eva, se echó en la puerta como en una peli romántica del sábado y domingo por la tarde y apoyó la cabeza en ella un rato.

Hasta que se dijo que debía de dejar de ser tonta.

Robert se puso duro con tan solo besarla en ese impulso y cuando llegó a su cabaña y todo cuanto había hecho hasta llegar allí.

¡Buff! Fue genial. Y se tiró en la cama.

Al rato, ambos se desnudaron en sus cabañas y tardaron en quedarse dormidos.

La mañana siguiente él se levantó temprano y fue a correr por los alrededores como tenía costumbre y allí era lo mejor, en plena naturaleza. Una hora tardó y se dio una ducha. Se puso los

pantalones cortos vaqueros y una camiseta y se fue al comedor. No estaba Eva, así que desayunó y cuando estaba acabando, ella entró por la puerta del restaurante. La llamó con la mano y Eva lo vio. Cogió el desayuno y se fue a su mesa.

-¡Buenos días Robert!, ¿ya has terminado?

-¡Buenos días Eva!, voy a por otro café y vengo.

-Vale.

Al minuto estaba allí de nuevo.

-¿Qué tal has dormido?

-La verdad- dijo ella- muy bien, esto está tan tranquilo…

-¿Qué vas a hacer hoy?- le dijo él.

-Descansar en la piscina como ayer. Mañana hay una excursión por los alrededores y creo que voy a apuntarme y venir a la piscina por la tarde. Pero hoy voy a descansar y nadar.

-Pues descansemos y ¿hay que apuntarse a la excursión?

-Tenía pensado hacerlo ahora en cuanto desayunara.

-Me apuntaré si no te importa. Eva si te molesto, me lo dices.

-Para nada. Vamos y nos apuntamos. Ya que estamos aquí, vamos juntos. Mejor que sola.

-Gracias.

-De nada Robert. Mañana si quieres o pasado subimos a ver el Castillo. No me gustaría irme sin verlo.

-Te lo iba a decir, que si querías que fuésemos juntos a velo. Yo quiero verlo también. He visto a gente subir por el sendero. Hay que subir andando.

-Pues iremos, o por la mañana o por la tarde. Hoy descansamos, si quieres.

-Sí, hoy piscina y lectura.

Bueno, se dijo Robert, ya tengo compañía, había superado la primera barrera.

Los días que estuvieron en la cabaña, lo pasaron fenomenal, hicieron un par de visitas a los alrededores, comían juntos y nadaban juntos, leían, iban a tomarse una copa por la noche y la despedirse, él le daba un beso en los labios y nunca hablaban de eso. Robert, le dejaba su espacio. No quería que pensara lo que no era, que en realidad era.

El último día que pasaban juntos, ya que se iban los dos al día siguiente porque él lo marcó así en función de cuando ella se iba. En la piscina le dijo:

-Entonces qué Eva, ¿vamos juntos a Suiza y a Roma?

-¿Quieres que vayamos juntos?- le dijo ella sorprendida, porque ya no habían vuelto a hablar más de ello.

-Sí que quiero. A Roma he ido, pero contigo voy otra vez.

-Y yo también. Pues vamos a Suiza y a Austria, debe ser precioso.

-Seguro que a esos has ido también.

-Pues no, he ido lejos, pero a Suiza y a Austria no. Podemos ir. Si me dejas yo me encargo de sacar los billetes. Siempre hay chollos. Y de ver los lugares que podemos visitar.

-Pero te los pago.

-¿Qué me dices entonces?

-Que sí, me encantaría ir con un guía turístico.

-¿Cuántos días te quedan de vacaciones?

-15 cuando me vaya de las cabañas me quedan ¿y a ti?

-15 también-dijo él-Podemos irnos pasado mañana y estar cinco días en cada país. Miraré qué puede verse y quedamos al siguiente día de irnos a Sevilla. Saco los pasajes y miramos qué puede verse.

-Vale prepararé una maleta. Tú me llamas. Y quedamos por la tarde.

-Perfecto. Es el primer viaje que voy con alguien.

-¿En serio?

-En serio.

-Espero no ser un inconveniente.

-Más bien una ventaja- y ella se reía.

Y así ya tenían preparados los viajes para cuando se fueran de ese remanso de paz.

Allí los días que estuvieron, visitaron el castillo, iban al pueblo a tomar el café, aprovecharon las excursiones y la piscina y descansaban. Iban a comer juntos y por la noche a tomar una copa.

Lo pasaron de sueño y estaban ambos en una nube adolescente.

Cuando esa última noche se despidieron para quedar al siguiente a desayunar e irse a Sevilla, el beso que le dio no fue un piquito, la cogió por la cintura y la pegó a su cuerpo y la sintió temblar un poco, pero la besó como un amante, y ella le correspondió. Y allí permanecieron besándose, con las lenguas en una danza primitiva. Cuando la soltó, ella abrió la puerta de la cabaña y él se quedó esperando. Ella lo miró porque sabía que esperaba que la invitara a entrar, y le cogió la mano y lo dejó entrar.

-Robert. Me gustas mucho, pero es la primera vez en mucho tiempo y no sé cómo va a salir, puedo ser un fracaso para ti.

-Eso vamos a comprobarlo, porque me tienes loco.

-Que yo te tengo…

-Sí tú, ven aquí. Y la cogió de nuevo y en segundos estaba desnudos. Besándose y acariciando sus cuerpos y él le decía: -me encantan esas tetas que vas a enseñando…

-No las enseño.

-Me da igual, me encantan.

Y se quedaron desnudos y él acariciaba todo su cuerpo y ella miraba y acariciaba el suyo, fuerte y duro.

-Tócame Eva.

Y ella lo tocó como la tocó él, húmeda y más duro se ponía. Lamía sus pezones y los mordía y ella gemía y él se puso un preservativo y entró en ella entre besos. La cogió por las caderas y la penetró despacio.

Era él el que llevaba todo, y ella se deshacía, se dejaba y entró totalmente en ella cubriendo todos sus ámbitos, porque era grande, porque era para ella. La besaba y acariciaba y envestía a su ritmo. Eva gemía y él también y le decía cosas al oído. Palabras que ella no escuchaba porque estaba en el placer.

Se oía decir: sigue, ¡oh sigue!, ¡ah Dios! Y él siguió porque iba a correrse y sentía lo que nunca con ninguna. Hasta derramarse dentro de ella cuando sintió en el preservativo su orgasmo caliente.

Cuando acabó, se levantó al baño y volvió junto a ella.

-¡Qué vergüenza Robert!

-Anda ven aquí a mi lado, tontilla. Ha sido genial. Eres preciosa- y la besaba.

-Ahora cómo voy contigo de vacaciones hombre…

-¿Con una habitación solamente?

-¡Qué loco estás!…

-Un poco, pero tú tienes la culpa. Me encanta tu cuerpo. Eres guapa y me gustas mucho, Eva, va en serio. No quiero rollos, y menos contigo. No soy de esos, cuando una mujer me gusta tanto como me gustas tú. El único miedo que tengo es que me gustes demasiado y aun no hayas superado lo de José Manuel.

-Te dije que eso ya está superado, Robert. Me ha gustado mucho hacerlo contigo. Yo tampoco soy de tener rollos. Tenía miedo, ahora ya no lo tengo, tengo confianza en ti y quiero conocerte. Así que no te librarás de mí en vacaciones.

-¿No?

-Ni loca.

- Si lo llego a saber el primer día…

-A lo mejor no hubiese pasado esto.

-También es verdad, ven arriba, nena.

Y Eva se puso encima de él y le sujetaba los pechos y se los mordía y así tuvieron otro orgasmo cuando sus sexos se rozaban.

Después de descansar de nuevo, el bajó a sus muslos y le decía que iba a comérsela y le arrancó otro orgasmo, lamiéndola y chupándola y ella hizo lo mismo con él hasta quedarse locos.

-Vamos a dormir algo Eva.

-Sí, o no podré moverme mañana. Tenemos que desayunar y salir antes de las doce.

-De buena gana me quedaba toda la mañana dormido así contigo.

Y así a modo de cucharita, la abrazó fuerte y se quedaron dormidos.

A las diez amanecieron y él amaneció tieso como un junco y desde atrás la penetró y ese fue el comienzo de otro día maravilloso y sexual de sus vidas. No hacía falta decir nada. Ya dirían lo que tuvieran que decir.

-Voy a mi cabaña Eva y me doy una ducha rápida y recojo. Desayunamos y nos vamos.

-Vale haré lo mismo.

-Ahora paso y luego venimos a por las maletas.

Le dio un beso en los labios y a la media hora llamaba a su cabaña. Se fueron a desayunar y a Sevilla.

-Ve tú delante, le decía él.

-No, vamos a cada uno a nuestro ritmo o me pongo nerviosa.

Está bien, llama cuando llegues. Quizá esta noche vaya a tu casa, si me das la dirección. dejo preparada la maleta, lavo y desayunamos juntos y vamos a buscar los pasajes.

-Vale anota. Nos vemos luego.

El la cogió y le dio un par de besos acercándola a su miembro.

-Robert, hombre.

-Qué quieres, me pones así - y ella se reía - No corras guapa.

-No. Voy tranquila mirando el paisaje.

-Eso es.

CAPÍTULO V

Había sido una noche espectacular, llena de besos, caricias, complicidad y sexo. Quién le iba a decir a Robert que iba a ser mejor de lo que había pensado con ella. Era caliente, ardiente, le encantaba más de lo que ya le gustaba. Y le respondía y le gustaba a ella también, se lo dijo.

Pero por una vez él era el que quería con ella una vida. Y no iba a dejarla escapar tan fácilmente. No quería una noche de sexo con ella. Quería amarla, tener hijos con ella, vivir con ella, amarla todas las noches, cuidarla y protegerla- y sonrió.

Por su parte, Eva iba como en una nube. Había sido lo mejor que le había pasado con Robert en bastante tiempo, porque, aunque se había divorciado hacía tres años, ya un año antes, las cosas no iban bien y el sexo y la complicidad con Robert había sido tan bella. No debía pensar ya para toda la vida. Bien sabía ella, aunque no se había casado por la iglesia que las cosas no eran eternas.

Las había aprendido ya, pero estaría con ese chico el tiempo que quisieran. Lo que les durara, si era un mes, un mes, si lo dejaban a la vuelta de las vacaciones, eran libres. Y si era toda una vida, allá iba de cabeza ella. Porque le gustaba mucho Robert, tenía que conocerlo más, era cierto, pero le encantaba.

¿Quién le iba a decir que desde que lo conoció en esa feria de años atrás, ambos llegarían a tener lo que tuvieron la noche anterior?

Era feliz de nuevo y eso no se lo iba a quitar nadie.

Ahora no tenían pareja, eran libres y se gustaban mucho, eran compatibles en la cama…Cuando Eva, llegó a su casa, fue a por su perrita, aunque la tuviese dos días y la volviera a llevar a la chica que la cuidaba cuando se iba de vacaciones o a algún sitio un par de días. La tenía al lado y la perrita cuando la vio, se volvió loca. Se la llevó a casa. La tenía limpia. Había mandado que se la limpiaran entera, así que la encontró nueva. Le envió a Robert un wasap diciendo que había llegado bien, que iba a sacar a su perrita y poner una lavadora.

Y él le contestó que pasaría por la noche y llevaría la cena.

Así que Eva se puso manos a la obra. Puso una lavadora solamente y sacó a la perrita y se llevó del bar de enfrente algo de comida, porque bebida tenía en la nevera y algunas cosas que no se estropeaban.

A la vuelta, se dio una ducha, comió temprano y se tomó un café, le dio de comer a su perrita y se echó en el sofá con ella. Se quedó dormida hasta casi las cuatro. Puso una secadora e hizo la maleta para el día siguiente o el otro, al menos casi todo. Luego, sacó de nuevo la ropa y metió los bikinis y algunas toallas en la maleta. Dejó la bolsa de aseo con las pinturas en otra bolsita y sus documentos listos en el bolso.

Dejó cargando el móvil y de nuevo sacó a la perrita y ya se hizo de noche.

Nada más llegar, ya estaba esperando en la puerta Robert.

-¿Ya has llegado?

-Te he enviado un wasap.

-¡Ay perdona!, me lo he dejado cargando. Y esta es una loca- refiriéndose a la perra. ¿Y la tuya?

-Con mi madre, ya no me la llevo, para dos días… cuando vuelva. He ido a verla, pero la mía es más tranquila. Esto es un saco de nervios- y Eva se reía.

-He visto tu casa por fuera. Es bonito el porche.

-Lo uso poco la verdad, más el patio, aunque es más pequeño.

-Dame un beso anda- le dijo cuando entró y dejó en la cocina la comida.

Y la cogió por la cintura y la estuvo besando.

-¡Qué guapa estás!

-Sí, con unas mallas y una camiseta…

-Con lo que te pongas.

-Tú sí que hueles bien…

-¿Qué has comprado?

-Comida china. Hay un chino al lado de mi casa.

-¿Quieres ver la casa?

-Sí me la enseñas…

-Bueno, has visto el poche que no está mal, la cocina tiene un tamaño normal. La ventana que da a la calle, el salón y hay un aseo bajo las escaleras.

-Anda, que bien aprovechado.

-Sí -Reía ella.

-Luego el patio y un lavadero. Quiero quitar el lavadero para hacer más grande el patio.

Sí parece buena idea. Me gusta la decoración.

-Gracias.

-Sube a la planta alta.

-Este es un dormitorio a la derecha. Pequeño, el más pequeño. No tengo sino algunas cajas.

-Este otro al lado y un baño enfrente completo, con bañera, enfrente.

-Y a la izquierda el dormitorio de matrimonio con una terraza no muy grande y un baño dentro.

-Es perfecta. Son bonitas las casas. Tienes las habitaciones vacías.

-Sí, las tengo vacías, salvo esta que mi madre se empeñó en que me llevara las camas que tenía en la mía, son dos camas literas con cajones abajo.

-Pero está bien por si tienes visita…

-Sí, la verdad, todas tienen armarios empotrados.

-Pues me gusta tu casa. Ya te enseñaré mi piso.

-Estas habitaciones dan al patio y la principal como la cocina, a la calle.

-Pues cierra la ventana y pon el aire.

-¡Que loco!

-Sí, loco, pero vengo que reviento niña.

Y empezó a desvestirla deprisa y la puso delante de él y la penetró desde atrás. Y ella se apoyaba en la cama.

-¡Oh dios Robert!

-¡Ay joder Eva!, ¡qué ganas tenía!, todo el día pensando en esto. Estás húmeda y caliente y me vuelves loco.

Y la penetraba una y otra vez cogiéndola por las caderas hasta que explotaron en un orgasmo demencial.

-¡Ay dios qué loco estás!, y se dejó caer en la cama y él fue al baño.

Luego hicieron una vez más el amor en la cama de ella. Y bajaron a cenar.

-¡Qué calor hace! Comparado con la sierra…

-Bueno, pero nos vamos a perder por Suiza, allí hace menos calor. Mañana cuando nos levantemos vamos a sacar lo que necesitamos, y el pasaje. Hay que llevarse quizá alguna rebeca o algo de manga larga. Ahora te enseño qué he hecho de lugares por ver.

-No paras Robert.

-No vamos a ir a los lugares y no visitar los importantes.

-Eso es verdad.

-Y tengo los hoteles y sitios ya programados. Así que solo reservar y coger los vuelos.

-Tú sabes más que yo, me dejo llevar.

-¿En todo?

-En todo- Y se reían.

Esa fue otra noche de sexo y abrazos dormidos en casa de Eva. A Robert, le gustó su casa. Había pasado alguna vez patrullando por esa zona, pero no creía que tuviese su casa allí, que fuese una de ellas. Eran bonitas, agradables, no eran grandes, pero estaban muy bien.

A la mañana siguiente, después de hacer el amor, se fueron a desayunar y a sacar los pasajes, y los encontraron para el día siguiente por la tarde. Así que pasaron el día juntos repasando los itinerarios que iban a recorrer.

Y a la siguiente mañana, desayunaron fuera y quedó él en pasar a su casa y dejar el coche en su puerta y de allí coger entre ambos un taxi al aeropuerto, ya que dejar en el parquin del aeropuerto uno de los coches salía caro tantos días.

En el aeropuerto tomaron algo y facturaron las maletas, cada uno llevaba una y entraron por la puerta del embarque a su destino, primero Berna.

Y pasaron cinco días visitando Suiza y otros cinco Austria. Anduvieron lo suyo y tomaron autobuses y tranvías, trenes y demás, hacían el amor e iban de la mano como una pareja más.

Robert, era incansable, no paraba, le encantaba ver todo y sacar fotos y a ella también le contagiaba su energía.

Venía muerta, pero aún le quedaban unos días e iba a descansar. No hacer nada. Hacerse las uñas y poco más, ni al gym iba a ir, además él la convenció de cambiarse al suyo. Irían juntos, pero no ahora.

Ni qué decir tiene que el resto de las vacaciones las pasaron juntos en la casa de ella, aunque fue a ver su piso, pero se llevaron a la perrita de él y las perras se llevaban bien, aunque la de Robert, tuvo que acostumbrarse, era tranquila y la otra perra de Eva, una loca.

Y empezaron a trabajar y pasaron los meses y siguieron saliendo. Ella tenía turnos de mañana o tarde y él de mañana tarde o noche y siempre que coincidían dormían juntos o salían o compraban. Siempre juntos, hablaban por wasap y se fueron enamorando.

Eva nunca pensó enamorarse tan pronto de un chico y llevarse tan bien con él. Se adaptó a él, a las finanzas, sobre todo. Era ahorrativo, gastaba lo que debía gastar, pero nada de tonterías, para poder viajar luego o salir.

Se acostumbró a su forma de hacer el amor, a su piel a sus caricias, a ese hombre que la volvía loca.

Cuando llegó el puente de octubre él quiso que fueran a Ronda y a Setenil de las Bodegas, dos pueblos emblemáticos y quedarse una noche en cada lugar. Y allá que se fueron.

En noviembre, él tuvo guardia y ella se quedó en casa, y cenaron en su casa. Ya las perras estaban más juntas que separadas en la casa de Eva. Y él más en su casa que en la suya.

En Navidades, cada uno cenó en casa de sus padres y fin de año después salieron juntos y en Reyes, ella se vestía de paje del rey Baltasar como su hermana y él trabajaba.

Llevaban ya unos meses saliendo, y era perfecto para ella y perfecta para él. Ya los padres sabían que estaban saliendo con otras personas y llegó el momento de presentárselos. Y a ambas familias les gustó.

Y ahí en enero, cuando era mediados de mes y habían pasado todas las fiestas, fue cuándo él le propuso vivir juntos.

-¿Quieres que vivamos juntos?

-Estoy loco Eva de un lado para otro.

-¿Y qué vas hacer con tu piso?

-He pensado esto a ver qué te parece…

-A ver…

-Tú vas a pagar tu casa como haces, tu contribución y yo lo mismo con mi piso, ambos tenemos nuestra hipoteca y nuestros sueldos. Eso es inapelable.

-Sí, eso es cada uno lo suyo - decía ella.

-Me puedo venir a tu casa, es lo más fácil trabajo aquí y no tengo que estar de aquí para allá. Las perras ya viven juntas casi y aquí hay campo para sacarlas. Mi piso lo alquilamos y me ahorro la luz comunidad y gastos. Que lo pague el inquilino. Lo que me duele es que le hice obra, está muy bonito de muebles.

-Eso es verdad, es nuevo.

-Por eso debemos buscar a alguien que conozcamos, algún amigo o chica que quiera alquilar para estar tranquilos. Ese dinero es para viajar.

-¿En serio?

-Sí, ese dinero íntegro para viajar.

-Y cada uno tiene su dinero y los gastos de tu casa, agua luz, wifi, comida entre los dos. Si hay… no sé, gastos de ropa o coche, cada uno lo suyo. Los caprichos cada uno lo suyo, si te parece bien. El gym si vamos los dos de ese fondo común. Si te falta no te preocupes, no será estricto. Tenemos buenos sueldos y yo hago muchas horas. ¿Qué dices?

-Que sí.

-¿En serio nena?

-Sí, quiero que vivamos juntos a ver qué tal nos va.

-Creo que te quiero Eva.

-¿Solo lo crees?

-No, estoy seguro, pero no sé si lo estás tú.

-Yo también lo estoy, si no, no viviría contigo.

-¡Joder!, esto hay que celebrarlo y la cogió en brazos.

-Para loco que te vas a hacer daño.

-Si no pesas nada. Y la llevó arriba y le hizo el amor como un loco.

-Estás tan loco hombre…

-Sí lo estoy, no puedo evitarlo.

Dicho y hecho, el fin de semana que no tenía guardias, ella fue a su piso y se cambiaron de casa.

Con los dos coches se llevaron todo lo que él tenía, hasta una vitrina para poner las cosas, copas y demás que coleccionaba del fútbol club del Sevilla. Era un sevillista nato.

Quitó de su casa la televisión del fútbol de pago y la puso en la de ella. Ese fin de semana recompusieron la casa y luego limpiaron las dos, dejando lista la de Eva y vacía total, la de Robert.

Dos días locos, pero descansaron durante la semana y encontraron al cabo de unos días por casualidad a una de las amigas del grupo de ella que andaba buscando piso para alquilar por la zona y se lo alquilaron. Y se quedaron más tranquilos porque sabía que se lo cuidaría bien. Robert, era ordenado y meticuloso, le gustaba el orden, la limpieza y a ella, aunque menos ordenada se acostumbró a todo lo bueno de Robert.

Y empezaron una vida juntos maravillosa. Ya los padres estaban enterados y estaban contentos.

Dos años después, él le propuso ser pareja de hecho y lo hicieron en el ayuntamiento y seguían viajando y siendo felices con sus perras y su vida.

Y ese año, los padres de Eva se divorciaron. Fue duro para las hijas, pero el padre se fue con otra y la dejó en el peor momento de su vida. Su abuela había muerto y su abuelo y a su madre la echaron del trabajo. Y así fue como la dejó. Pero era su padre. Y sus hijas fueron injustas y duras con ella, al menos así lo veía su madre. Pero su madre ya llevaba lo suyo y sólo ella sabía de su vida.

Cuando Eva cumplió 37 años quiso tener un hijo y él también, ya la hermana de Robert, había tenido un niño y ellos fueron los padrinos.

Pero tuvo la mala suerte de quedarse embarazada y tener un embarazo ectópico, fuera del útero y una noche tuvo un derrame interno y un dolor inconfesable y estuvo en el hospital. La operación a vida o muerte y le quitaron una trompa.

Fue una etapa dura, se quedó más delgada, tuvo una pequeña depresión, pero podían intentarlo de nuevo en unos meses, no antes.

Ese fue el primer palo que les diera la vida, la tristeza se apoderó de ella, pero él no la dejaba.

-Vamos Eva en cuanto pasen los meses que nos han dicho, dejamos dos más y volvemos a intentarlo, para el año que viene. Mira hasta tu madre sueña que hemos tenido dos.

-Mi madre está muy loca, siempre dice que tendremos mellizos.

-Pues mejor, así de una vez tan solo.

Y al menos se reía.

Y volvían a viajar. Habían ido a la India, a Japón, a recorreré en Estados Unidos la ruta 66 y ese año fueron a Vietnam. Su madre, la de ella, siempre se echaba las manos a la cabeza. No sabía cómo podían hacer tantas horas en vuelo.

El año pasó y volvió a quedarse embarazada. Estaban tan contentos que ni se lo creían. Esta vez sí fue dentro del útero, y aunque ella se cuidó mucho, y sabían que era un chico, la madre de ella estaba feliz, porque había tenido dos hijas y se había quedado con ganas de tener uno. Le pusieron Rubén antes de nacer y le prepararon las abuelas la habitación, siempre que iban llevaban algo para el pequeño.

No quisieron ponerle el nombre de nadie de la familia, así nadie se enfadaba.

Era un niño precioso que tuvo sin problemas, aunque temían que pasara algo, tuvo un buen embarazo y un buen parto.

Su vida cambió, era normal que cambiara con un hijo. Tuvo la maternidad y luego dejó al niño en la guardería, aunque su madre se lo recogía.

Y ella no supo por qué, ya no fueron los mismos. Era ya no era la misma y sufría. Esa química que tenían, esa unión la perdió mucho antes, cuando ella tuvo el otro embarazo que aún no había superado.

Sabía que quería a Robert, lo sabía, pero le costaba ser cariñosa tanto con su hijo como con él y Robert, vio el cambio en ella y se lo decía, que tenían un hijo precioso como el padre, lo que tanto habían deseado. Quería ser madre y ya lo era. Y ahora era como ajena a todo cuanto le pasaba. Como si hubiese una persona distinta dentro de ella viviendo su vida.

CAPÍTULO VI

Era como si el niño no le importara, Robert tampoco. Sí que lo cuidaba, pero el médico le dijo que era una depresión postparto y había que cuidarla.

Robert, fue a casa de la madre de Eva. No podía más.

-Pasa Robert, hijo, ¿quieres un café?

-No Celia, gracias. Quiero hablar contigo de tu hija.

-¿Qué le pasa?

-No le pasa nada, eso es lo peor. El médico dice que tiene una depresión posparto.

-Pero hijo, cuando yo he ido, la he visto bien.

Y Robert, empezó a llorar.

-¡Ay vamos hijo!, ¿qué te pasa?

-No me quiere ya Celia. Y al niño tampoco. Estoy desbordado entre la casa, ella le pequeño y el trabajo.

-Bueno para empezar tranquilízate, ¿quieres algo, una tila o algo? Lo que sea lo solucionaremos.

-No, gracias, Celia, no me entra nada.

-Vamos a ver… ¿Cómo no te va a querer si eres su vida? Me lo ha dicho.

-Antes, ahora desde que tuvo lo de la trompa, y luego el embarazo, no ha vuelto a ser lo mismo.

-¡Ay por dios! no me digas eso. No lo sabía. Deben ser las hormonas. No le he notado nada. ¿Pero le hace algo al niño?

-No, nada, pero no hace lo que una madre debe hacer.

-La vamos a llevar a un psicólogo Robert.

-No va a querer Celia. Dice que está bien.

-Yo hablaré con ella, no te preocupes, anda tómate algo y no pienses que no te quiere. Si te quiere más que a José Manuel y lleva menos tiempo contigo.

Lo abrazó.

-Hijo, te quiero mucho, eres un buen hombre para mi hija. Si nunca la he visto tan feliz. Ya verás que todo se soluciona. Es una fase, una etapa. Tu trabajo es peligroso. Ten cuidado. Yo iré todos los días un ratito como cuando lo tuvo. Dejádmelo los fines de semana y llévala de viaje.

-Está en su mundo, Celia.

-Pues nada, mañana voy y hablamos los tres, ¿cuándo tienes libre?

-Por la noche cuando venga ella.

-Pues voy, y llamo a su padre, que se acerque también. Yo hablo luego con él.

-Gracias Celia, tengo que irme, voy a entrar a trabajar ya.

-Cuídate mi niño- y le dio un abrazo.

Y nada más irse, llamó a su exmarido y le contó el tema. Como siempre no le daba importancia. Y eso que era su hija favorita. Pero ella se puso firme a que fuera y dijo que iría.

Y la siguiente noche, estaban reunidos su padre, su madre, Robert y ella con el pequeño.

-A ver hija ¿qué te pasa? ¿estás deprimida?

-No, estoy embarazada de nuevo- dijo llorando.

-¿Qué?- dijeron todos a la vez, -pero si Rubén tiene cinco meses, ¿de cuánto estás?

-De tres meses. Yo quería hijos, pero tan seguidos…

-Pero hija, eso es bueno, ¿por eso estabas así?

-Estoy deprimida. No termino de recuperarme.

-Eso es normal, cuando te tuve, mi depresión posparto fue de órdago. Pero tú tienes ya casi cuarenta años, si querías otro, ya lo tienes. Y cierras antes de que tengas más edad.

-Eso sí.

-Entonces ¿por qué eres pesimista? ¿Sabes lo preocupado que ha estado Robert pensando que no lo quieres y al niño tampoco? Yo te ayudaré, para eso estoy, soy tu madre.

-¿Cómo no voy a quererlos?, pero no podía decírselo, por si se enfadaba. Estoy apática.

-¡Ay hija qué tonta!, se va a enfadar mujer… vamos a hacer una cosa, pedimos cita a un psicólogo. Lo necesitas.

-No tengo tiempo de ir con el niño.

-Hay on line y vas a coger éste que es bueno. Lo tuve cuando murió tu abuelo. Que Robert y tú lo llamáis y él te da a la hora que tú puedas. Se llama Francisco y te va a gustar, ya verás.

-Un gasto más.

-El que sea necesario- dijo Robert.

-Y este finde me dejas al niño y os vais a la playa si Robert tiene libre, pasáis una noche.

-Si puedes…

-Claro que puedo. Se acabaron las tonterías, vas a tener otro hijo y nos apañaremos, cuando pasen unos años, te alegrarás de que no se lleven tanto tiempo.

-Gracias mamá.

-Gracias Celia -le decía Robert emocionado.

-Pues nos vamos, venga un abrazo y habláis vosotros dos. Y te quiero ver espabilada, no es bueno para el niño nada de esto, para ninguno de los dos. Ni para él que te quiere, hija.

-Sí, mamá. Lo siento.

-No sientas nada. Estás embarazada. Quiero una niña- y se rieron.

Y los padres se fueron.

-¡Tontería para lo que he venido!- dijo el padre que no tenía un gramo de empatía y Celia no dijo nada ni quiso que la acercara a su casa.

No podía con ese tío, no sabía cómo pudo vivir más de treinta años con él…

Cuando sus padres se fueron, ella lloró desconsolada. El mundo se vino abajo.

-Lo siento Robert, he estado mal, me cuesta todo, estoy cansada. Pensar en otro hijo cuando este es pequeño… Y pensé que tú no ibas a querer con lo que te gusta viajar lejos. Pero claro que te quiero, a Rubén y a lo que venga.

-A ver mi vida. Tú eres lo más importante ahora. Debes cuidarte. Si tenemos otro hijo con una diferencia de un año, mejor. Los dos adelante. Ya tenemos una edad. Da lo mismo esperar dos o tres años. Lo hemos hecho ambos y te quiero. Creía que te había perdido mujer. No me hagas eso.

-Te quiero Robert, he estado fatal. No he sido yo misma. Me siento distinta.

-Porque se te ha juntado un embarazo con otro y con la depresión postparto. No hemos dado tiempo, pero llamaremos al psicólogo que nos ha dicho tu madre y tendrás la hora que quieras, ya te dirá cuánto necesita. Y hasta que no estés bien, no lo dejes. Y tu madre va a ayudarnos. Cuando estemos demasiado agobiados, se lo quedará ella.

-Sí, creo que este fin de semana necesito descansar.

-Primero vamos a pedir cita mañana al ginecólogo y al psicólogo y el viernes cuando vengas por la tarde dejamos a las perras y al niño y nos vamos hasta el domingo. Tu madre tiene allí una cuna. Le llevamos ropa y pañales y los biberones. Mis padres se acercarán también seguro.

-Gracias, Robert. Te quiero. Esto me supera, tantas cosas juntas.

-Ya verás tontilla. De todo salimos y viajar, vamos cerca cuando queramos hay sitios por ver, podemos llevarnos a tu madre, que le gusta, así lo tenemos cerca, y podemos salir de noche donde vayamos, anímate mujer.

-Sí, eso haremos. Me dejaré ayudar.

-Es que no puedes guardarte todo para ti sola, ni pensar por los demás.

-Me da miedo dejarlo tan pequeño.

-Tu madre ha sido madre y la mía también, recuerda.

-Sí, es verdad.

-Pues nada, mañana manos a la obra. Te quiero mujer.

-Y yo a ti.

-Y no haremos nada hasta que tú quieras.

-Gracias Robert.

-Vamos anda, vamos a dormir.

Y aunque al principio le costaba dejar al pequeño, se fue acostumbrando a disfrutar de nuevo y a quedarse tranquila porque estaba el niño bien cuidado.

Y durante el embarazo, ella tuvo al psicólogo que le venía muy bien, le encantó y se reía con ella. Éste le decía que se parecía a su madre y que se reía mucho y que iba muy bien.

El embarazo iba muy bien e iban a tener una niña para alegría de todos a la que pondrían de nombre Lola, como La madre de su madre, que fue su madrina y había muerto cinco años antes.

Y así, cuando el pequeño Rubén tenía nueve meses, ella tuvo a la pequeña Lola y ahí si que su madre le echó una mano y cuanto pudo, ya que debía trabajar también al estar divorciada y ellos le daban una paga al mes, aunque no quería, tenía que cogerla porque si no, no llegaba a fin de mes. Ya que teletrabajaba en casa.

Pero ya no necesitaba al psicólogo y los cuatro meses de maternidad la madre llevaba a Rubén a la guardería y se ocupaba de la pequeña Lola, de su hija, las perras… hasta que recogía al pequeño o estaba Robert. Los fines de semana se acercaban los padres de Robert y echaban una mano también.

Y así Celia, la madre de Eva estuvo hasta que Lola cumplió un año y fueron los dos chicos a la guardería y ella solo los recogía cuando su hija o Robert, no podía. Pero a veces les llevaba comida para varios días.

Hasta que entraron al cole y los años pasaban y ya la necesitaban poco. A veces le regalaban un viaje y Celia iba.

Y Celia empezó a salir con un hombre cuando los chicos entraron al colegio. Y era feliz por primera vez en muchos años, aparte de ser feliz con sus nietos.

Jaime era un hombre divorciado como ella, abogado, nunca tuvo hijos y consideró a sus hijas como propias y a los nietos como propios. Le encantaba cuando algunas veces se lo llevaban al parque.

La otra hija menor, Estela, se casó también y tardó en tener hijos unos años y ella como a Celia, la ayudó en su momento, aunque tuvo solo uno chico, Oscar.

Pero la vida de Robert y Eva volvió a sus principios, volvían a hacer el amor, se dejaban ayudar y volvieron a viajar lejos. Eran felices.

-A ver si se duermen estos niños- decía Robert, estoy que reviento.

-Tú siempre estás que revientas, mi amor- le decía ella.

-Porque me tienes loco desde que ya podemos hacerlo más libres. Y además estoy en mi mejor edad. Tengo casi 45 años.

-Y sigues tan bueno como siempre.

-¿No me notas canas?

-Sí y menos pelo.

-Tendré que ir a Turquía a ponerme que es más barato - y Eva se reía, porque era un coqueto de cuidado.

-Me gusta que mi hermana se haya venido a vivir aquí al pueblo. Y a la otra fase de casas. La tenemos al lado.

-Sevilla es cara para comprarse algo, así la molestamos a ella con sus sobrinos en vez de a tu madre. La pobre…

-Sí, ha hecho tanto por nosotros que merece ser feliz con Jaime.

-Parecen adolescentes- decía Robert.

-Mi madre siempre ha sido muy romántica, mi padre no.

-Pues tu madre es una mujer que vale mucho. No me gusta meterme donde no me llaman Eva, pero tu padre no le llega a tu madre a la suela de los zapatos. Sin embargo, Jaime la hace feliz.

-Pues no, pero es lo que quiso, ahora que se aguante. No es feliz, lo conozco. Y me alegro de que mi madre lo sea.

-Yo también. Te pareces a ella en algunas cosas.

-Fíjate, toda la vida no queriéndote parecer a tu madre para llegar a parecerte al final. Pero es tan buena…

-Tú estás buena también, ven aquí antes de que los bichos estos se despierten.

Y entraba en ella como la primera vez. Ocupando su espacio, mojándolo y derramándose en ella después de esos vaivenes que ambos conocían. O se metía entre sus nalgas morenas y desataba la tormenta en su sexo de escarcha, chupándola y lamiéndola. O ella subía a su mástil firme y alto y mojaba con su boca de fuego y lo movía con sus manos de viento hasta que él se derramaba como un chorro de leche templada.

La felicidad era eso, para ellos, sus trabajos, su familia, sus hijos y sus viajes.

Y pasaban los años y los chicos entraron al instituto uno detrás de otro. Tenían relativamente cerca el instituto. Jaime y su madre vivían juntos desde hacía años, en la casa de Celia o en la de él en Sevilla.

Estaban jubilados ya y él tenía dinero y viajaban y a veces los chicos se quedaban a comer en casa de la abuela. Ya tenían casi 75 años, pero caminaban a diario iban a una piscina de Sevilla y nadaban y hacían ejercicio tres veces por semana, el resto a andar. Y los fines de semana a bailar bailes de salón.

Estela la hija pequeña tuvo un hijo que ya iba a entrar al instituto cuando sus primos salían para ir a la Universidad, y vivían muy bien.

Sus hijas le decían a Celia que estaba en forma, mejor que cuando era joven. Y ella le decía que ya tenía una edad.

El padre vivía solo. Había dejado a su pareja hacía años y estaba amargado. Jubilado y solo. Y siempre miró con pena y envidia a Celia. Pero ella estuvo muchos años sola y además cuidando a

sus nietos. Él la dejó. No podía quejarse ahora.

Y fue el primero en morir. A Celia le daba un poco de pena, por sus hijas, no por lo que a ella le hizo, pero no les dejó nada, se había gastado su herencia con su pareja y el dinero era para pagar al mes. Y vivía de alquiler, porque el piso era de ella hasta que muriera.

Tuvo que consolar a sus hijas y nietos. Pero ya era lo que había para ellos cualquier día.

Quién más lo sintió fue Eva, porque ella siempre fue la niña de sus ojos. Y era su padre además. Celia y Jaime solo fueron a la misa y a darles el pésame a su hija. No se quedaron más. No les correspondía.

Los chicos de Celia entraron a la Universidad, Rubén a estudiar criminología como lo hizo su padre por la UNED años antes. Su hija Lola quiso ser trabajadora Social y estaba en primero.

Robert, no se conformó con haber ido al instituto y lo hizo, criminología, en unos cuántos años. Y fue cuando Lola se graduó y Rubén acababa de aprobar las oposiciones a policía local, siguiendo los pasos de su padre, él cual estaba muy orgulloso porque había ganado plaza en Sevilla Este, cerca de ellos, Lola en una residencia de Mayores del pueblo llevaba apenas dos meses.

CAPÍTULO VII

Y habían hecho una comida con los abuelos y Jaime que ya eran mayores. Y andaban por los 80 y algo más, pero estaban aún bien, salvo algunos achaques, cuando murió Robert a los 62 años, cuando apenas le faltaban tres para jubilarse. Ya había dejado de patrullar las calles y lo que no se llevó la calle ni los ladrones, se lo llevó un señor mayor en una rotonda. Su coche dio unas cuántas vueltas de campana al salir del trabajo, pero el golpe fue instantáneo.

Y es que la vida gira veloz, las ruedas giran veloces como la muerte. Y él, que siempre la había sorteado, esa vez no pudo. Al señor le había dado un infarto y se fue hacía su coche arrojándolo al otro lado. Dejando a sus hijos huérfanos y a Eva con 60 años, joven y sumida en una depresión total y absoluta. Ahora que estaban solos, porque Lola en cuanto aprobó se fue de alquiler y su hijo se había ido también.

Su hija Lola quiso irse con su madre de nuevo, al menos un año, pero ella dijo que no, que debían vivir su vida.

El entierro fue multitudinario, pues Robert, había sido un buen policía, un buen hombre y tenía muchos conocidos y amigos y fue un golpe para el pueblo su muerte también.

Los padres habían muerto dos años antes el padre y cuatro la madre y solo le quedaba su hermana y dos sobrinos ya mayores que sus hijos.

Sin embargo, a Celia aún le quedaba su madre con 84 años y Jaime, que había sido un padre para ella con 80, ya que era cuatro años menor que su madre. Su hermana fue un pilar de ayuda para ella, pero cuando se quedaba a solas, el silencio y la soledad hacían mella en ella. aún le quedaban cinco años para jubilarse. Aunque pidió unos meses de baja para recomponerse.

-Vente a casa hija- le decía su madre.

-Me iré algunas veces mamá. Me lo han quitado- lloraba ella.

-Vamos no pienses eso, piensa que la vida es eso, te quita y te da. Y debe ser por algo, ya verás.

-Sí, para dejarme sola.

-Cariño, yo me quedé sola solo con cinco años menos que tú y sé lo duro que es.

-Pero no murió mamá.

-Pero me mató a mí, a mi familia y a mis ilusiones y se fue con otra, y mira ahora soy feliz con Jaime. Llevamos muchos años y es el amor de mi vida. Tu padre no lo fue, nunca quiso serlo. No digo que vayas a olvidarlo, siempre estará en tu corazón, pero has vivido con él, has tenido una buena vida, has recorrido el mundo y creo que él ha cumplido su misión en este, dejar a sus hijos situados. Eres fuerte cariño.

-No lo soy mamá.

-Lo eres, llevas mi apellido y seguirás viviendo. Él no querría verte lo que te queda de vida así cariño.

-Lo sé, pero tengo que pasar mi luto y lo echo de menos. Lo he querido tanto…

-Ya lo sé mi niña. Pero es ley de vida. Estamos de paso y tendremos que irnos todos, algunos antes y otros después.

-Pero ni siquiera se había jubilado y teníamos planes para ir de viajes, que tanto le gustaban.

-Ay hija, era tan bueno, y te quería tanto y ha sido un buen padre. Debes estar triste y feliz a la vez. Anda quédate a comer y luego vamos a tomar un café.

-Pero aquí en casa.

-Como quieras, espera que llamo a Jaime, y le digo que se traiga pastelitos, que ha ido a comprar.

-Has tenido suerte mamá con Jaime.

-Sí cariño, al final he tenido mucha suerte. Anda échate un ratito en el sofá y descansa. Voy a hacer una sopa de picadillo y unos filetitos.

Y así pasaban los días, y tal como la ayudó cuando tuvo a sus hijos, Celia la ayudó a pasar ese trance, aunque a ella y a Jaime le pesaba también. A sus hijos. A todos.

Pero la vida va pasando y pasaron los meses y un año y Eva se hizo a la idea de que él no estaría con ella.

Al año llamó a sus hijos y se llevaron lo que quisieron del padre y ella guardó toda la ropa en unas cajas en el trastero de su madre, ya que ella en la casa no tenía.

Solo dejó algunas fotos, dos, una con él y los chicos en el salón y otra, solos los dos en la mesita de noche, y en una cajita, su móvil.

Hizo una gran limpieza y ese verano fue de vacaciones a dónde fueron ellos la primera vez, a las cabañas que aún estaban, pero ya más modernizadas y a Suiza y a Austria, los mismos días, repitió con gran memoria qué hizo cada día, los lugares que visitaron, recordó frases y todo cuanto pudo.

Fue como revivir el comienzo.

A veces se encontraba con José Manuel de lejos, se había casado y tenía una niña solo. Y se alegró por él, pero nunca más se saludaron.

Si no se habían saludado antes, ahora no tenía sentido, pero se alegraba de que él hubiese encontrado a una chica de Sevilla con la que era feliz, se le veía feliz.

Y recordaba los tres amores de su vida. Al que no había visto en años era a Carlos.

Miraba fotos de todos en sus ratos libres y recordaba a la gente, las fiestas, las casetas, las bodas de todos los amigos, que eran un gran grupo, el pasado y el presente.

Cómo había pasado la vida tan rápido. Había amado intensamente, había querido a tres hombres buenos. En realidad, había tenido suerte y se arrepintió no de dejar a José Manuel, sino de haberse portado a veces mal con él. Lo reconocía, haber sido tan estricta y exigente.

Pero ya habían pasado demasiados años, demasiada vida y aunque estuvo mal, se sintió renacer de nuevo, por su madre, por sus hijos que vivían bien.

Fue de nuevo al gym y a bailes latinos, volvió a hacerse las uñas que tanto le gustaban, y como

su madre siempre que tenía razón y la tenía, debía vivir. Se cambió el pelo, y volvió a salir con algunas amigas de siempre a los dos años de morir Robert.

Dos años después de morir Robert… De nuevo Carlos.

Estaba renaciendo de nuevo, sin olvidarlo, recordándolo cada día, pero de otra forma, la vida que vivieron incluso a veces sonreía por algo que se acordaba de él o le hablaba en casa como si estuviese.

Y recordó el día que él le dijo que no fue una casualidad encontrárselo en las cabañas, que fue a por ella y la tuvo y fue suya. Fue algo emocionante lo que hizo. A ella le pareció un cuento de hadas que un hombre hiciera eso por ella.

Era Navidad, y ella que le gustaban las tradiciones, siguió la misma que su madre cuando estuvo sola antes de conocer a Jaime.

Una de las tardes, Celia, como dos semanas antes de Navidad, en el puente de La Constitución, se iba por la tarde a Sevilla a ver la iluminación, se paraba en una de las cafeterías, ser tomaba un café con un trozo de tarta y allí se estaba un rato viendo la gente pasar, el tranvía, la gente, ese ambiente de la Navidad, el mercadillo artesano de figuritas al que iba después y compraba siempre algo.

Se lo recorría entero. Luego esperaba la iluminación y compraba lotería en la más famosa de la avenida. Seguía caminando avenida arriba y se paraba en los puestos en que alguna gente bailaba o tocaba y le echa un euro, hasta llegar a la plaza del Ayuntamiento y recorrerse todos los puestos de libros, antiguos y nuevos y siempre compraba alguno, sobre todo, le encantaban los libros en miniatura. Si no había otros.

Y después se iba y tomaba unos montaditos y cogía el autobús y para casa.

Luego montaba un Belén espectacular y un árbol para poner los regalos. Aunque estuviese sola.

Y eso empezó a hacer ella.

También se iba a Málaga, cuando le daban las vacaiones en tren como hacía su madre y se quedaba una o dos noches en Málaga a ver la iluminación de la calle Larios. La más bonita de España. Y se quedaba en un hotel cerca. Y volvía encantada.

Ella seguía los pasos de su madre.

Luego invitaba a comer a sus hijos y hacía la misma comida y su madre y Jaime se llevaban y seguían también la misma tradición, pero a ella la dejaban sola, porque sabían que quería estar sola.

Y el año que cumplió 62 años, dos y medio de la muerte de Robert, allí estaba, en una mesa de una terraza de la avenida de la Constitución, tomando en Navidad el café con tarta y vio a un señor de su edad que le resultó conocido y tanto, en la mesa de enfrente a la suya y se quedaron mirando.

Era Carlos. El primer chico con el que salió. ¡Qué casualidad! Estaban cada uno solos en una mesa.

-¿Carlos?- le dijo ella.

-¿Eva?, ¡Dios mío cuantos años!- ¡Qué bien te veo!- dijo levantándose y yendo a su mesa para saludarla.

-Lo mismo te digo. ¿No estabas en Italia? - se dieron dos besos.

-¡Estás guapísima!, ¿cuántos años hace que no nos vemos?

-Sí que hace, desde que nos vimos cuando vine por primera vez de vacaciones de Roma. Ya trabajaba allí.

-Es cierto. Se te va a enfriar el café. Si estás solo siéntate conmigo y nos ponemos al día.

-¿No te molesto?

-No Carlos por Dios, así nos contamos qué ha sido de nuestras vidas. Estoy sola.

-Espera – y se llevó su café a la mesa de Eva y se sentó en la silla frente a ella.

-Bueno cuenta, tienes un acentillo italiano…

-Sí, tantos años en Italia.

-Tu padre murió. Me enteré.

-Sí, murió quedamos los hermanos y sobrinos, nada más.

-Y tú te casaste creo, no sé, me pareció o me lo dijeron.

-Sí, me casé con una italiana en Roma. No tuvimos hijos. Y me divorcié hace cinco años.

-¿En serio?

-Sí, en serio. Ya estoy jubilado.

-¡Mira qué bien!, a mí, me quedan tres años.

-Allí funciona de otra manera. Así que he vuelto, nada me retiene allí.

-¿Y dónde vives?

-En el pueblo, en el centro, me compre un piso, de tres dormitorios, demasiado para mí solo, pero me gusta tener al menos una habitación de invitados y otra como despacho y librería. Me vine hace casi un año.

-Pero…, ¿a qué edad te jubilaste?

-A los 60, como los funcionarios aquí. Bueno los que han cumplido ya 30 años de servicio.

-¿Y qué haces ahora?,- dijo Eva tomando un trozo de tarta.

-Pues nada, voy por las mañanas al gym que hay en el centro, al lado de casa, el que tiene piscina cubierta, nado también. Luego me voy a desayunar y veo las noticias en internet, ahí me quieren apuntar a un grupo de divorciados- y ella se reía. Hacen comidas y van de copas, a la disco, senderismo, etc. ¿Imaginas, bailando reggaetón?

-¡Ay Carlos!, no me hagas reír.

-¡Ah!, también me he apuntado a la academia de bailes latinos, tomo café, tapas. Paseo, voy a

Sevilla o a la playa cuando quiero, escapadas. Leo, que antes apenas tenía tiempo. salvo libros del trabajo, voy al cine, o a algún concierto en Cartuja Center, que es más teatro. Limpio, cocino, voy a la compra.

-Tienes una buena agenda, más que yo. ¡Qué barbaridad!

-Bueno, te toca, ¿qué ha sido de tu vida?

-Me casé.

-Con José Manuel, eso lo supe.

-Me duró dos años el matrimonio.

-¿Qué dices mujer?, eso no me lo dijeron mis hermanos.

-Pues sí, me compré una casa, ese grupo de las afueras, si es que las has visto.

-Sí claro, sé cuáles son, he pasado paseando por allí alguna vez.

-Ahora la he arreglado un poco, ya le tocaba, con el dinero que vendí del piso de mi pareja de hecho.

-Tuviste pareja de hecho.

-Sí, pero José Manuel y yo la compramos y él no llegó a vivir allí, nos divorciamos a los dos años y yo quise quedarme con ella. Me costó estabilizarme económicamente, pero con ayuda de mis padres lo conseguí.

-¡Vaya!, ¿y de quién te hiciste pareja de hecho?

-De un chico de Sevilla este, era policía local aquí en el pueblo. Casi toda la vida, tuvimos dos hijos, uno es policía en Sevilla Este, fíjate, Rubén se llama y mi hija Lola es trabajadora social en la residencia de mayores, la privada del pueblo. Ya están fuera del nido.

-Deben ser jóvenes entonces.

-Pues sí, Rubén tiene ya casi 26 y 25 años Lola. Pero son independientes ya.

-¿Y tu pareja?

-Murió hace tres años.

-¿De verdad? Debió ser joven.

-Lo era, tenía 62 años y yo apenas 60. Toda la vida salvando vidas y no pudo salvarse.

-¿Y cómo fue eso?

-Pues una persona mayor de 80 años tuvo un infarto en la glorieta del cine y se lo llevó, murió en el acto. Fue algo espantoso.

-Estoy en contra de que los mayores de 70 o 75 años conduzcan.

-Yo también, pero la ley está como está.

-Pues deben cambiarla.

-Entonces ahora vives sola…

-Sí, lo he pasado muy mal.

-Supongo que como tú y el divorcio.

-No tanto, Eva, no es lo mismo divorciarte que se te muera la pareja con la que has convivido muchos años y estés bien con ella y lo quieras.

-Es verdad. Nunca se supera. Pero se aprende a vivir con ello. Dios sabe por qué hace las cosas.

-Y ahora… ¿cómo estás?

-Mucho mejor, he tenido apoyo y ayuda y el año pasado me levanté y comencé a hacer actividades, como tú, voy a ese gym y a bailes latinos. A lo mejor vamos a horas distintas. Lo que pasa, es que yo aún tengo turnos y algunas semanas no puedo ir, salgo muy tarde y de mañana no hay. Pero bueno, han dicho que el mes que viene a los mayores de 60 nos van a cambiar el turno, solo mañana, a ver si es verdad.

-¿A qué vas?

-Pues bachata, me gusta la salsa, merengue, casi todos. Lo que pongan.

-Yo voy a las ocho de la tarde.

-Yo iba a las siete, pero si vas me cambio a las ocho en cuanto me digan que no tengo turno. Ya de todas formas, cierran en las Navidades. Ya veremos.

-Tenemos que darnos los teléfonos Eva.

-Vale -y se lo dieron.

-Me ha encantado encontrarte. Podemos salir alguna vez y coincidir en el gym por la tarde.

-Pero si vas de mañana…

-Pues me cambio de tarde y luego a bailes los tres días a la semana. Te vienes de rutas, a pueblitos, ahora me ha dado por ir y conocer algunos, maravillosos, me quedo a lo mejor en uno y hago senderismo por el pueblo y vuelvo al día siguiente.

-¿Y el grupo?

-Prefiero ir a mi ritmo. No es lo mío. Fui un día. Eso es una locura de beber y fumar.

-Y tú no bebes ni fumas- dijo ella.

-Pues no ¿y tú?

-Tampoco.

Terminaron los cafés.

-¿En qué has venido?

-En autobús.

-¿Y eso?

-Eso es una ruta que hacía mi madre y yo la hago.

-¿Y qué ruta es esa?, bueno antes de nada, ¿cómo está tu madre?.

-Pues tiene ya más de ochenta. También se divorciaron mis padres y ella está con Jaime, un abogado, hace muchos años ya. Mi padre murió solo, por tonto, como yo digo.

-Bueno, sí hizo lo que quiso…

-Sí, es verdad.

-Cuéntame eso de tu madre.

-Es una costumbre que siempre tuvo, venía aquí cuando se pone la iluminación de la Navidad.

-Ya está puesta- decía Carlos al que ella vio, enérgico con un cuerpo y unos modales que le encantaron y un acentillo italiano y se conservaba muy bien, tan alto y seguía siendo atractivo, con sus canas, peor conservaba todo su pelo.

CAPÍTULO VIII

Y siguió contándole lo de su madre…

-Sí, pues se tomaba lo que tomo, un café un trozo de tarta, y se iba al mercadillo de enfrente. Compraba algo siempre, tiene un Belén con overbooking y le metió el gusanillo a Jaime y no veas qué Belén hacen, además del árbol para los regalos que les encantan darnos y a los chicos. Jaime no tuvo hijos tampoco, mis hijos son como suyos.

-Me alegro tanto por ella, de verdad.

-Bueno, pues luego va al gato negro, compra lotería, hace su cola, - y se reía. -Ve la iluminación y se va a la plaza y ve todas las librerías que ponen y siempre se lleva un par de libros, sobre todo si encuentra libros en miniatura o de lo que no tiene de los clásicos, ya no le caben. Menos mal que el piso tiene cuatro dormitorios.

Y Carlos se reía.

-Luego se va a tomarse unos montaditos al lado de la estación y a casa. Claro cuando conoció a Jaime van los dos.

-Me encanta tu madre, siempre me gustaba.

-¡Ah! y no te lo pierdas también desde que se divorció se va a Málaga dos noches o una a un hotel a la calle Larios a ver la iluminación. Y ahora van los dos, se van en el AVE, y vienen encantados. Ya me da miedo porque tiene 86 y él 82.

-Es menor que ella.

-Sí, pero vamos, están en forma. Van a todo.

-Cuando no puedan, no te preocupes, que no irán.

-Eso lo sé, pero fíjate, yo sigo las tradiciones y a veces ellos cocinan para la Navidad o yo. O un día en cada casa y en Reyes vamos a comer todos por ahí, como siempre.

-Me encantan esas tradiciones, si no te importa,+ voy contigo.

-Claro que no me importa.

-Lo que pasa, es que he traído el coche, nos tomamos las tapas por aquí cerca y te llevo.

-¡Ah claro que sí! Me ahorro el autobús.

-Pues cuando quieras, venga, te invito al café, y compramos algo para el Belén, el mío es pequeño.

-Yo tuve que comprarme una mesa más grande.

Y él se reía.

-¿Vamos a ver la iluminación antes?

-Como quieras, ¿quieres algo más?

-No, pero se está bien aquí. El clima está bien.

-Pues nos quedamos otra media hora que tardan en iluminar.

-Sí.

-No has cambiado mucho, Carlos.

-Sí que he cambiado. mujer.

-Éramos tan jóvenes…

-Y yo era tan tímido…

-Sí que lo eras- y se rieron. Pero fuiste el primero con el que hice el amor.

-Era torpe por lo que recuerdo Eva - y se reían.

-Éramos torpes los dos. Si es que estábamos en el cole.

-Sí, ¿has sido feliz con la italiana?

-A veces, no como debiera. A pesar de ser italiana era fría. Tenía lo suyo y peleaba mucho.

-Y a ti nunca te gustaron las peleas.

-Bien lo sabes, en eso no he cambiado. Me gusta la paz y la tranquilidad, no en todo, pero sí.

Se reía Eva porque sabía qué quería decir.

-¿Y tú has sido feliz?

-Sí, solo os tuve a los tres y fui feliz con los tres, con José es que no podíamos vivir juntos, lo quise mucho, fueron once años y dos de casados, pero la vida y la convivencia se nos hacía imposible.

-¿Conmigo?

-Contigo… Éramos muy jóvenes y cada uno teníamos hormonas diferentes y las mías estaban disparadas.

-Las mías también.

-Pero no sé, te veía muy niño.

-Lo sé, sé que fue eso, a esa edad es normal, pero no pude evitarlo. Siempre te pensaba e imaginaba que hubiese sido si yo hubiera sido diferente y hubiéramos sido los dos solos.

-Sí, pero teníamos 14 años, Carlos. Fuiste mi primer amor.

-Y tú el mío y dicen que el primer amor nunca se olvida.

-No, - se reía ella - pero se recuerda con cariño a través del tiempo.

-Y míranos ahora, de nuevo los dos solos aquí.

-Sí, tantos años, tantas cosas vividas…

-Mira Eva, la iluminación, espera y pago y nos ponemos en el centro de la avenida a verla.

-Espera yo pago, Carlos.

-Ni loca, mujer.

Y pagó Carlos y se fueron a la mitad de la avenida y ella echó fotos y vieron esa iluminación tan bonita. Luego fueron a comprar cosas para el Belén, se reían y lo pasaban bien, como nunca había hecho eso con ninguno. Ni sola tampoco y le encantó, lo llevaba haciendo desde al año anterior en que volvió a ponerse las pilas, y lo disfrutaba.

Hicieron cola para comprar la lotería y compraron el mismo número, ella compró cinco para su hermana, sus hijos y para su madre, como el año anterior. Y él hizo lo mismo para él y sus dos hermanos.

-En Málaga también compro, pero para mí sola y en el Rocío también.

-¿Has ido ya?

-Pensaba ir antes que a Málaga.

-¿Vamos juntos?

-Claro pasamos el día, vemos el mar un rato y comemos en Almonte. Hay un sitio que me encanta. Ya verás.

-Pues tenemos planes en una noche que nos hemos visto. Voy contigo a Málaga también.

-Estás un poco loco Carlos.

-Si estoy solo mujer.

-Será estupendo ir contigo y recordar viejos tiempos.

-Pues venga, vamos a comprar libros.

-Eso nos va a llevar un rato. Mi madre los compra en miniatura, yo en grandes dimensiones- y Carlos se reía.

Y estuvieron un buen rato mirando y comprando libros.

Luego fueron a un sitio de tapas y allí cenaron. Sin prisas, riendo, contando cómo era la vida en Roma, dónde vivió. Le contó que le vendió el apartamento a su ex que quiso quedárselo y él se compró el piso en el pueblo. Debía tener dinero si no había tenido hijos y había trabajado en una buena empresa. Y además se casó con bienes separados.

Ella cobraba muy poco de viudez, porque tenía un buen sueldo, casi nada, pero bueno. Sí que cobró un seguro que Robert tenía y le dejó su piso, que lo vendió. Había reformado un poco la casa, pero ya pensaba en comprarse un piso, abajo la casa no tenía dormitorio. Así que la arregló más para venderla cuando se vendieran caras y pudiera comprarse un piso.

Eso le contaba a Carlos que tomaba buena nota.

Carlos sintió de nuevo sus hormonas como un adolescente con ella. Había sido el amor de su vida, a pesar de todo. Ella en cambio había tenido dos más que él mucho más tiempo. Pero ya ninguno estaba en la vida de Eva, salvo en su corazón.

Y ahora volvían al punto de partida. Y Carlos hizo planes, planes con ella que no sabía a dónde

conducirían. Pero eran jóvenes, tenía 63 años, no eran mayores, su sexualidad siempre fue floreciente. La de ella no lo sabía, pero con estar con ella se conformaba. Había cambiado, era una Eva tranquila y apasionada, seguía siendo graciosa y sonriente. Debió pasarlo mal, pero tenía ganas de vivir y hacer cosas. Y eso sumaba a su favor.

No la dejó pagar salvo la lotería y los libros y se fueron al pueblo. La dejó en su casa. Era sábado y quedaron para ir al Rocío al día siguiente.

-No necesitamos llevar nada, no vamos a bañarnos, me gusta mirar desde los bancos de madera y el faro al lado, y ver a la Virgen, poner velas comprar un recuerdo y la lotería, y comer en Almonte. Y venimos para el café.

-Pues lo tomamos aquí.

-Buen día has preparado…

-Sí -y se reía- El lunes trabajó hasta el jueves. Y tenemos el puente.

-¿Qué vamos a hacer en el puente?

-Yo poner mi Belén y mi árbol.

-Eso te lleva un día.

-Sí, es verdad.

-Podemos ir a Cádiz.

-¡Ay me encanta Carlos!

-Quedarnos una noche y el siguiente finde ir a Málaga antes de la Navidad.

-Perfecto.

-Bueno, te dejo, te recojo mañana a la hora que me digas.

-Comemos churros en el Rocío- dijo Eva.

-Me encantará, contigo haré gym doble, le decía él, no sé cómo no engordas.

-Porque también voy a bailes.

-Eso es verdad.

-Bueno te recojo a las nueve y media.

-A las diez, no hay prisa, llegamos pronto.

-Pues a las diez. Hasta mañana Eva, lo he pasado muy bien y me ha alegrado encontrarte.

-Lo mismo digo Carlos.

Y Carlos le dio dos besos y se montó en el coche y se fue. Y ella se quedó mirándolo.

¡Qué guapo estaba!, ¡qué modales tenía! Y qué interesante era, siempre lo fue, pero ahora ya era un hombre, no un niño. Y ella no quería que nadie cambiara, ni cambiar a nadie.

Siempre fue una buena persona y un buen chico y recordó la primera vez que hicieron el amor.

Su sexo se lluvia que se corrió en un segundo. Era grande y rosado y las siguientes veces en las que conseguía un orgasmo, pero nunca pusieron hacerlo tranquilos en un sitio adecuado.

¡Qué jóvenes éramos!, que bien está y ella pensaba en tener una buena compañía con él. Y por primera vez al entrar a la casa dio gracias a dios y no la encontró vacía, sino llena de ella, de su energía vital. Le daba gracias a Robert, porque sabía que él se lo mandaba desde el cielo para no sentirse sola, era capaz de eso y más, y se emocionó. Robert era fuerte y enérgico y tenía su carácter, pero era un ser de luz para ella.

Y en ningún momento estar con Carlos le pareció que le era infiel, más bien, al mirar la foto esa noche, le pareció que sonreía.

Puso el móvil y guardó la lotería para dársela a su madre y hermana e hijos, ya se los daría la semana siguiente cuando hiciera el Belén y dejó las cositas y los libros en su sitio. Puso el móvil se lavó los dientes y se acostó. Recordando esa tarde maravillosa con Carlos.

Al día siguiente estaba a las diez en su puerta para recogerla. Llevaba un chaquetón por si en la playa hacía frio, y lo puso detrás del coche de Carlos.

-¿Qué tal has dormido?- le preguntó Carlos?

-Muy bien, ¿y tú?

-Estupendamente, me encantó el paseo de ayer, tradición de tu madre- Y ella se reía.

-Vamos a ver a la Virgen. Suelo ir dos veces al año, menos en la Romería.

-Eso es imposible ¿Llevas todo?

-Todo, he cogido un chaquetón y llevo un bolso grande.

-Pues vamos, venga a por esos churros -Y arrancó el coche.

Cuando llegaron al Rocío, primero buscaron la cafetería que servía churros y desayunaron.

-¡Qué buenos están!, ¡qué hambre tenía!- dijo Eva.

-Pues yo también y sí que están buenos. Has tenido una buena idea.

Y pagó de nuevo y ella se enfadaba.

-Vamos Eva mujer, no seas tonta. Vamos a ver a la Virgen, venga.

Y estuvieron en la ermita, ella rezó, se hicieron juntos una foto delante de la Virgen. Él la cogió por los hombros para hacérsela y ella sintió unas calidades y su aroma que era un perfume caro y olía tan bien…

Después de encender velas, fueron a la tienda de souvenir y compraron algunas cositas.

La lotería y fueron al paseo a ver las marismas. Corría una brisa fresca.

-¿Tienes frio?

-No, solo un poco, pero me voy a poner el chaquetón mientras paseamos. ¡Qué bonitas están las marismas!

-Sigues disfrutando de las cosas sencillas Eva.

-Bueno, ahora más. Me tomo las cosas con más calma.

-¿Nos vamos ya a Matalascañas?

-Sí, vamos, y estamos allí un rato.

Y se fueron, y al llegar se sentaron en unos bancos de madera, en la parte alta, cerca de un faro pequeñito que hicieron. Se sentaron juntos.

-¡Qué bonito está el mar! Ponte el chaquetón Carlos, que hace frio aquí.

-Sí, me lo voy a poner. Y allí estuvieron viendo el mar un buen rato, en silencio o charlando. Había apenas unas cuantas personas paseando descalzos por la orilla con los zapatos en la mano y los pantalones remangados para no mojárselos.

-¿Quieres bajar?- le dijo Carlos.

-No, estoy bien aquí, baja tú si quieres.

-No, me quedo contigo, tampoco me apetece.

-¿Eres feliz Carlos?

-No sé qué decir de esa definición. Cuando te conocí lo era y luego fui infeliz. Con Anna conocí una falsa felicidad, pero si hago cuentas, no creo haberlo sido feliz sino a retazos. ¿Y tú?

-He tenido mucha suerte con todos, de una manera u otra, fui feliz, y tuve mis momentos de tristeza, como hace tres años. Ahora me parece lejano, como si no hubiese existido, es algo que quieres retener y no puedes, se te escapa. Quise irme.

-No digas eso, si Dios no quiere ni ha querido, es que te quedan cosas por hacer.

-¡Qué católico te has vuelto!

-Siempre lo fui, tú no y vienes a ver a la Virgen.

-La culpa la tiene mi madre- y se rieron.

-¿Qué hora es?

-La una.

-Anda vamos a dar un paseo, que quiero ver ese farito que han hecho.

Y fueron dando un paseo al faro.

-Es bonito…

-Sí que lo es. Me gustan los faros. Es pequeño, pero está bien.

Se hicieron fotos, en el faro, con el mar de fondo y él siempre la agarraba. Era pequeña y él era alto, más que Robert. Y aún a su edad era muy atractivo y parecía más joven y ella también.

A las dos decidieron irse a Almonte a comer y ella le dijo dónde estaba el restaurante que había sido una fábrica de aceite. Tenían menús y le dijo la dirección que él metió en el GPS.

A Carlos le encantó, tenía una puerta alta y grande de madera como la de las fábricas antiguas, pero modernizada, enfrente como una exposición pequeña cerrada con barras de hierro y a la

derecha estaba el restaurante. Les encantó el menú y dejaron el café para la cafetería del pueblo.

Cuando llegaron, eran las cinco de la tarde y ella le reñía porque no la dejó pagar.

-Pues si tomamos café pago o no lo tomo contigo Carlos.

-¡Ay que ver qué mujer!, bueno, anda te dejo pagar el café.

-Con dulce.

-Si no como dulces…

-Te comes uno

-¡Qué mandona eres!

-Sí- y se reía.

Luego la dejó en su casa y le dio dos besos.

-¿Bueno, qué tienes de mañana esta semana?

-No de tarde hasta el miércoles por la noche.

-Vale, ¿quieres que quedemos el jueves y vamos a Cádiz un par de días?

-¿Y si vamos mejor el viernes?, así el jueves limpio y recojo la casa y compro por la mañana, ese día no cierran las tiendas.

-Vale quedamos a tomar un café tarde si quieres, en tu casa.

-Me parece bien y así podemos ir el viernes y sábado y venir el domingo

-Me parece bien. Cuídate. Te llamo por las noches un ratito.

-Me gustaría.

Y esa semana hablaron por las noches un rato. Él le contaba qué había hecho y ella el trabajo. Por la mañana descansaba y el miércoles fue a la peluquería por la mañana y a las uñas que seguía arreglándoselas y los pies.

Así prefirió llamar a la chica que ella conocía para que le limpiara la casa y le hiciera la colada y cambiara las sábanas. No le apetecía hacer nada. Podía permitírselo iría a la compra y luego prepararía las maletas antes de que viniera a tomar café Carlos.

Y así pasaron la tarde, cenaron en casa de ella y al día siguiente iban a Cádiz. Dos días.

Él se fue tarde, no sin antes darle un beso en los labios cogiéndola por la cintura. Y a ella le pareció tan normal que se echó en su cuerpo a modo de abrazó y Carlos la apretó contra su cuerpo.

No se dijeron nada, quedaron a las diez del día siguiente., desayunarían en la cafetería que había en el centro y luego irían a Cádiz. Habían esa tarde reservado un hotel frente a la playa de la Caleta, precioso, dos noches, con desayuno y cena.

Pero ese beso y ese acercamiento…Ella se desconocía. Tuvo que haber sido una sorpresa para él también. Debía ser la soledad. El abrazar a un nuevo cuerpo y una nueva piel, el sentir la clave

caricia de un hombre. No era deseo sexual, que también y se sorprendió. Era joven por qué no. Estaba hecha un lío que ella había creado al acercarse a él y abrazarlo. Tendría que dejarle claro al día siguiente las cosas. Iban muy deprisa.

Sí claro a los 63 años casi iban muy deprisa…

Deprisa iba la vida no ellos, no era hora de ir despacio sino de disfrutar los años que le quedaran de vida. Y si Carlos era con quien cerraba sus amores, con el que empezó. Tuvo un leve escalofrío y nervios.

Pero con él esos días se había sentido tan bien y viva. Había estado tres años muerta en vida y volvía una luz para hacerla feliz. Como decían los jóvenes que fluyeran las cosas.

Cuando Carlos se fue de su casa se sorprendió él mismo por besarla, aunque fuese en los labios y que ella se abrazara a él. No pasaba nada, porque siempre fueron amigos a pesar de todo y de los años. Pero a Carlos, le pareció ese abrazo diferente, una necesidad.

Él no quería ser una necesidad para Eva. Trabajaba a diario para que fuese lo que fueron mejorado, lo que casi nunca llegaron a tener. Ahora sería un amor tranquilo. Podían pasarlo bien, él tenía dinero, no quería que ella pagara, quería ir a los lugares a los que nunca fueron, aunque ella había recorrido medio mundo con Robert, no importaba, se conformaba con ser el último en su vida y si era tomarse un helado o seguir las tradiciones de la madre de ella, le encantaban.

Quería disfrutar con ella de las cosas sencillas y debían hablar, ero sacar el tema tan pronto era llevarse un no seguro. Esperaría, le quedaban dos viajes, a málaga un par de días y al día siguiente a Cádiz con ella dos días y solo el hecho de estar a su lado y con ella se conformaba y no iba a cometer otro error de darle un beso, al menos por ahora.

Y esa noche estuvo dando vueltas al asunto. No sacaría el tema y punto. No había pasado nada, que ya tenían una edad.

CAPÍTULO IX

Al día siguiente estaba con una maleta pequeña en el maletero de su casa esperándola a las diez y ella salió con otra. Y el chaquetón.

-¡Hola buenos días! – le dijo ella contenta.

Y él salió del coche y le metió la maleta pequeña en el maletero.

-Vaya hemos pensado lo mismo!

-Sí es para dos días con una maleta pequeña…Vamos a desayunar antes.

-Venga y le abrió la puerta.

-¡Qué caballeroso!

-Así me llaman.

Y Eva se reía- ¡qué bobo te has vuelto!

-Un poco, es la edad.

-Siempre vamos en tu coche, Carlos.

-Es nuevo, es más seguro, y más grande.

-Solo vamos dos.

-Bueno me gustan los coches así. No te quejes mujer.

-No me quejo, aún huele a nuevo.

-Me lo regalé por mi cambio, vendí el otro. Tampoco era muy viejo, 5 años, pero quería todo nuevo al empezar.

-Desde luego el piso es precioso.

-Tu casa también, no te quejes.

-Tendré que cambiarme y me dará pena.

-Es por tu seguridad Eva, si te caes sola por las escaleras. Estás en forma, pero es necesario tener una habitación abajo y tu casa no la tiene.

-Si es por esa razón, Carlos, lo sé.

-Ya estamos vamos a desayunar bien.

-Déjame pagar, anda.

-¡Qué pesada eres! Tengo dinero.

-Y yo también, llevo sola más de tres años.

-Bueno, pero tienes hijos.

-Que tienen un buen trabajo y sueldo.

-Bueno ya veremos, el hotel lo hemos pagado a medias.

-Faltaría más hombre.

-No discutamos por esa tontería. Antes no teníamos, ahora que tenemos…

-¡Está bien! no discutiremos.

El aparcó casi al lado de la cafetería y se sentaron dentro. Y pidieron un buen desayuno.

-¡Me encanta esta cafetería!

-A mí también. Pero creo que venimos a horas distintas Eva.

-No hay nada que me guste más que desayunar fuera. Así empiezo el día.

-Yo lo hago después del ejercicio también, antes de ir a casa y de paso me llevo la compra si la necesito.

-¿Has aprendido a cocinar?

-Sí, llevo tres años aquí solo, hice un curso de cocina y soy un cocinitas.

-Lo que toda mujer necesita.

-Vaya!, que cocine solamente- y a Eva le hacía gracia su ironía.

Cuando iban por la autopista para Cádiz, mantuvieron un silencio cómodo.

-Carlos…

-Ummm, dime…

-Lo de anoche…

-¿Qué pasó anoche?

-No te hagas el tonto, lo sabes.

-No, no lo sé, dímelo.

-Me diste un beso en los labios.

-Tienes unos labios muy bonitos, lo sabes, desde siempre.

-Carlos…

-¡Está bien!, creo que me diste un abrazo y no sé de qué tipo y eso me deja penar si es necesidad de alguien, recuerdos o es por mí. Y no sé si me va a gustar la respuesta Eva, por ello, no quería sacar el tema. Sí que te besé en un impulso, me gustó hacerlo.

-Y a mí que lo hicieras.

Y él le cogió la mano mientras que conducía.

-No vamos a sufrir Eva. Si tengo que ser tu amigo como ahora, lo seré siempre. A eso no voy a renunciar. Que me gustaría ser el último y que nos diéramos una oportunidad, por supuesto, que es pronto para ti, esperaré, sí que sé que no debo esperar nada. Me conformo con lo que tenemos

ahora. No quiero que pienses nada. Que te remueva nada, te estreses o te pongas nerviosa o pensar. Estamos bien, nos divertimos, salimos juntos. Eres tú la que decides, yo me conformo. Estoy aquí. Y eso no va a cambiar. Tenemos una edad para no perdernos las cosas buenas de la vida. Eso deberíamos saberlo. Pero somos distintos.

-No tanto.

-¿Ah no?- dijo él.

-No.

-Pues tú me dices.

-Me gustó abrazarte y no fue por necesidad, fue por ti, por nosotros y me gustó que me besaras, parecía una adolescente- y él se rio.

-Me encanto que me abrazaras.

-¿No dices nada más?

-Te lo diré cuando lleguemos.

-No pensarás… ¡Carlos!…

-Anularemos una habitación.

-Vamos a dormir juntos y si no puedo…

-Nos abrazamos.

-¡Ay dios ahora sí que estoy nerviosa!

-¿Más que la primera vez?

-No lo sé sí que lo estaba, pero no me lo recuerdes.

Y le apretó más la mano.

-Suelta y conduce, anda.

Y Eva miro el paisaje, pero él la vio sonreír. A pesar de todo, ella quería eso también.

Cuando llegaron metieron el coche en el garaje del hotel. Anularon una habitación y subieron a la que les indicaron.

-Estoy nerviosa Carlos.

-No menos que yo. Pero vamos a dejar la ropa y salir a dar una vuelta, ¿quieres? No tenemos prisa y por qué ponernos nerviosos. Debemos hablar antes.

-Gracias, sí me parece bien.

-Escoge el lado de la cama, a mí me da igual.

Y ella cogió el de la ventana.

-Venga, si hemos terminado salgamos- y la cogió de la mano. Ahor iban a ir de la mano para que se sintiera bien.

Se llevaron los chaquetones y recorrieron la caleta dando un paseo.

-No estés nerviosa mujer que me pones a mí. No ha cambiado nada con respecto a estos días. Lo hemos pasado bien.

-Sí, es verdad, soy una tonta.

-No, no eres tonta. Yo estoy igual que tú.

-¿Le fuiste infiel a tu mujer?

-No, nunca, no soy hombre infiel, aunque me faltó sexo. ¿Y tú?

-A ninguno, no, tampoco.

-Somos de otra generación, Eva.

-Vamos al faro y luego damos un paseo por el centro, aquí también quieres comprar lotería- y ella se reía.

-Como en la Virgen del Rocío, solo para mí o me arruino. A ellos solo les regalo la del gato negro.

-Pues compramos.

-Del kiosko de las flores.

-Donde tú quieras, hace tiempo que no compro lotería y este año me arruinas porque seguro que de Málaga también traemos -y ella se reía con él.

-Y me queda del pueblo tres.

-Pero mujer…

-De la cafetería, del bar donde hay tanta gente en la calle, esa siempre y del lotero al que siempre le compró el siete. Y ya está.

-Nada más y nada menos, esos son…7 números.

-Eso es, ¿no es un número mágico?

-No compras siete, compras 10.

-Bueno, pero para mí 7.

-Pues que sean 7, ¡que ruina eres!

-Calla tonto, es la Navidad.

-Menos mal ¿Que vas a hacer en Navidad, dónde cenas? - le decía mientras paseaban por el centro de Cádiz tan bonito que a ella le encantaba.

-Pues creo que en Navidad comemos en casa de mi madre, ya lo ha dicho, nos llevaremos lo que sobre para el 25, en tuper, como siempre, -se reía. Y en fin de año en mi casa este año, un año en casa de mi hermana y otro en la mía. Luego en Reyes vamos a llevarles los regalos a mi madre y cogemos los nuestros y allí tomamos el roscón ¿y tú?

-Pues en casa de mi hermano en Navidad los tres y supongo que en fin de año solo, porque ellos

van a casa de sus suegros que también están mayores.

-Pues te vienes a mi casa.

-Me va a dar vergüenza con tu familia, Eva.

-A mi madre le dará una alegría tremenda, y a mi hermana, ya verás, no te dejare solo en fin de año, luego nos vamos a ver los fuegos a Sevilla.

-Y a bailar, hace que no lo hago, salvo en los bailes latinos.

-Son fiestas en hoteles.

-Sí, pedimos uno, solo para la fiesta no para la cena.

-Pues nos quedamos en el hotel, pienso tomar champagne. Hotel Inglaterra.

-Ese me encanta tiene una terraza arriba y se ve la Giralda, la catedral iluminada y el rio.

-Lo reservo ya.

-¡Qué adelantado!

-Mujer que luego no hay plazas.

-Eso es verdad… Vamos a sentarnos un ratito y nos tomamos una tapa, luego vamos a comer pescado a un sitio que conozco.

-Pero quiero ir al mercado de las flores.

-Ahí nos vamos a tomar la cerveza.

-¡Ah vale! Está ahí delante.

Mientras el camarero les traía unas cervezas y unas tapas de pescadito, él reservó en Málaga el hotel que ella le dijo y en Sevilla también.

-Si vamos la semana que viene, hay que reservar.

-Vale. Ella le dijo el hotel donde se quedaba.

Y ahora vamos a por el pescadito, espera aquí.

-Pero… ¿dónde vas loco?

Y le trajo un ramo de rosas rojas precioso.

-¡Ay dios qué loco estás Carlos! Gracias. Hacía tiempo que no me regalaban un ramo de rosas tan grande y bonito.

-Pues ya lo tienes, pediremos un jarrón con agua en el hotel.

-¡Estás en todo!

-Nos queda la lotería.

-Allí es. Cuando nos tomemos la cerveza vamos y luego damos un paseo hasta la iglesia.

-Compraron la lotería y fueron a la plaza de la iglesia donde las chirigotas se arremolinaban en carnavales.

-¿Te gustan los carnavales?

-Me encantan, veníamos antes cuando éramos jóvenes el grupo de amigas, ahora están casadas.

-Venimos nosotros.

-Contigo no paro.

-Vamos a comer a un restaurante de la caleta.

-Vamos a ver eso. Seguro que me gusta- decía ella contenta de la mano de Carlos con su gran ramo de rosas rojas.

-En Cádiz pescaito los dos días, pescaito.

Tomaron un café después de comer y se fueron al hotel.

Ella quiso darse una ducha y él después.

Eva se puso un camisón corto sin manga, su cuerpo ya no era el mismo, había un poco de calefacción y él salió con el bóxer y una camiseta de manga corta.

Tenía un buen cuerpo y se echó a su lado en la cama y le quitó las sábanas.

-¡Por dios qué vergüenza Carlos!

-Acércate mujer que no voy a comerte.

-O si…

-Sigue y verás que tiemblo.

-La abrazó a su cuerpo y estuvieron así un buen rato, hasta que ella levantó la cabeza y él la besó en los labios y la acarició, y metió la lengua en su boca y ella no recordaba que besaba tan bien, claro que hacía años de eso y se aferró a él con deseo, como cuando eran jóvenes y sintió el sexo duro de él. Aún funcionaba y ella se mojó enseguida, como hacía tiempo no le pasaba porque no hubo nadie.

Carlos metió la mano en su camisón tocando sus pechos y pellizcando sus pezones y le quitó el camisón y la ropa interior y la tocó, estaba mojada.

-Nena si estás así, mira cómo estoy. Solo pensaba abrazarte y acariciarte, pero me pones bien puesto.

Y la tocó y tocó hasta que le arrancó un orgasmo y ella gemía y gemía.

Se quitó él la ropa y se quedaron desnudos y ella lo tocó. Su longitud de hombre dura como un junco.

-Bufff, loca que hace más de tres años que no tengo sexo.

-Como yo.

-Ya creía que no se me iba a levantar con una mujer, salvo que tú no eres cualquier mujer.

-Eres joven aún Carlos.

-Y tú, y le mordía los pezones y a ella le encantaba y sentía su sexo hambriento buscándola, se puso encima de ella y entro despacio gimiendo ambos como eco, moviéndose con deseo y besándose y tocándose como adolescentes y cuando él supo que ella iba a tener otro orgasmo se liberó en ella.

-Nena voy a correrme contigo, joder Eva qué buena estás chiquilla y fue alcanzar la cima ambos.

Y cuando los corazones dejaban de galopar, él se retiró a un lado y la atrajo a su pecho.

Y la sintió llorar. Y supo por qué.

-Vamos Eva, no llores que me voy a sentir culpable mujer.

-No, ha sido precioso, pero me he sentido infiel.

-Pero pequeña, no has sido infiel.

-Lo sé, pero espero que me perdone desde dónde esté.

-Vamos niña. Claro que te perdona, si yo fuese lo haría.

-Carlos…

-Dime…

-Ha sido mejor que nunca entre nosotros.

-Lo sé y fíjate la edad que tenemos. No podemos dejar de pasar esto. Es tan bueno como nuestros planes, bueno los tuyos y los míos de baile y gym, no solo va a ser sexo, hablamos iremos al cine o a conciertos a ver exposiciones. Tengo ganas de que te jubiles.

-Aún me quedan menos de dos años.

-Bueno, nos ajustamos a tus horarios. No tengo nada que hacer salvo hacerte la comida.

-¡Que bobo eres!- y la besaba.

-Quién nos lo iba a decir Eva…

-Nadie, cuando se lo cuente a mi madre…

-Ven aquí a ver si aguantamos más, que estás buena.

-Carlos…

-Ponte arriba que hoy estoy por la labor.

Y ella se puso arriba y de lado y abrió sus nalgas para él y él explotó con su boca y les llegó la noche.

-Mujer, menos mal que tenemos 63 años, nos va a dar un infarto.

-Si el loco eres tú. Pedimos a ver si nos suben la cena a la habitación, no me apetece bajar al comedor, Carlos.

-¡Está bien!, vamos a ver si la suben.

Y llamó y pidió dos cenas.

Y allí comieron en la habitación.

Cuando le retiraron la cena, se dieron una ducha y se lavaron los dientes.

-Vemos una peli. Por hoy cerramos la habitación del sexo- dijo Carlos.

-Vale, le dijo ella vamos a ver qué hay, y puso los cojines bien para ver una peli.

Y así estuvieron y a veces, él la besaba o le pellizcaba los pezones, le encantan sus tetas.

-No te cansas

-Lo hago sin darme cuenta, nena.

-Pero me pones

-Pues si te pongo espera a que acabe la peli y tenemos otro.

Y así fue, se echó encima de ella que les sujetaba con sus piernas y tuvieron otro orgasmo y se quedaron dormidos abrazados.

El día siguiente, fue espectacular para ellos, desayunaron en el hotel, por la mañana fueron a visitar el Puerto de Santa María y allí estuvieron paseando, viendo el puerto y comiendo y después volvieron al hotel, tomaron un café y su siesta fue sexo como el día anterior. Carlos se había enterado de que había un crucero con bebidas al atardecer y compró dos boletos en el hotel, le daría una sorpresa, y volverían para la cena.

Pero se echaron una buena siesta hasta las seis.

-Nena…

-Dime, Ummm... Vamos vístete que vamos a salir…

-Con lo bien que estoy aquí contigo…

-Tenemos muchos días, pero vamos, te tengo una sorpresa y es a las siete.

Y se levantó, se vistió, unos vaqueros, le dijo él y el chaquetón una bufanda.

-Bien abrigaditos.

-Bien abrigaditos- le dijo él.

-Pero… ¿dónde vamos loco?- le dijo ella al salir del hotel.

-Ya lo verás, vamos al puerto.

Y encontraron el barco. La gente hacía cola para entrar.

-Es un crucero, con bebidas, y con gente.

-¿En serio Carlos?

-Sí, es cerca de la costa, no vamos mar adentro, sino por la costa.

-¿Cuánto tarda?

-Dos horas, para la cena en el hotel.

-¡Ay qué bonito!…

-Sabía que iba a gustarte mujer. No vamos a estar todo el día en la habitación, que luego me dices morboso.

-Pero si esta mañana no hemos parado.

-Ni en la siesta tampoco- y ella se reía

-Porque estás en forma- y la besó.

Se sentaron en asientos que el barco disponía de dos en dos. Y él la abrazó.

-¿Tienes frio?

-No, voy bien abrigada.

-No hace frio, pero al atardecer y en el mar corre brisa.

Y lo pasaron estupendamente.

El barco llegó hasta Rota casi, y de vuelta.

-¡Me encanta!

Llevaban un guía turístico y tenían bebidas gratis, y algún picoteo de frutos secos.

De vuelta al hotel iban contentos y él no la soltaba como si fuera a escapársele. Eva era feliz, tanto que a veces, se emocionaba.

Cenaron y volvieron a hacer el amor.

Al día siguiente iban para Sevilla de nuevo.

CAPÍTULO X

La siguiente semana, Carlos quería que pasara rápido, el viernes se iba por la tarde a Málaga, pero en tren. Dejaría el coche en Santa Justa, en la estación aparcado, para no tener que tomar autobús ni taxi. Y allí fue otro fin de semana maravilloso con ella. La iluminación era espectacular desde luego y el viaje en tren le encantó.

-Hacía tiempo que no tomaba el tren. Me encanta viajar sin preocuparme por la carretera.

-Y a mí, es la forma de viajar que más me gusta. Pero no lo he cogido desde el año pasado que fue el primer año que vine. No creas que el hotel es…

-Lo importante eres tú, no el hotel. He pedido una habitación a la calle, con vistas.

-Está en un callejón, pero me gusta. Es silencioso, el baño está muy bien y la habitación, al menos la que me dieron el año pasado no era grande, la cama sí.

-Eso es lo importante, niña.

Mientras iban en tren se rieron mucho porque iban un grupo de chicas, una vestida de novia, bueno con un velo y un vestido largo blanco y le hicieron fotos, iban de viaje antes de casarse y se lo pasaban bomba por el tren, la gente las aplaudía. Fue genial.

A él, el hotel no le pareció mal, ese no tenía comida ninguna, pero ella sabía de algunas cafeterías y al lado había un restaurante con menú y allí comerían. Café por ahí y cena ya verían.

Cuando llegaron el viernes era de noche y salieron a dar un paseo por la calle Larios, ver la iluminación, comprar la lotería que ya les provocaba risa y luego cenaron. Se hizo tarde, peor no tenían prisa.

No faltó sexo para estrenar ese hotel.

-¡Ay nena me matas! Me vas a dejar seco. Esta tiene un aguante.

-Es que te gusta demasiado Carlos, por dios, que son ya las dos de la mañana y no has parado.

-¡Ojalá pudiera aguantar hasta las seis de la mañana!

-Quita, ¿qué quieres que no llegue a jubilarme?

-Ni lo digas, tenemos que vivir muchos años, mira tu madre, al menos 28 más, me conformaría.

-¡Qué loco estás!

-En buenas condiciones claro.

-Cuando tengamos 70, ya no podremos tener sexo.

-No me importa, me conformo con darte la mano y pasear por el parque y tomar el solecito, pero a los 75 hay gente en el gym. A los 80 ya no.

-Yo también me conformo, si seguimos.

-Seguiremos te he dicho que seré el último y el primero.

-Has cambiado. Eres un hombre seguro.

-Sí, todos cambiamos. No es igual tener 15 años o 16 que tener 63 cielo.

-Lo sé.

-¿Nunca te casaste por la iglesia?

-No, solo por lo civil y de pareja de hecho. ¿Por qué lo preguntas?

-Por si nos casamos.

-¿Estás loco Carlos?, yo no pienso casarme más.

-Yo sí, contigo y por la iglesia.

-Carlos, hace tres semanas nos vimos.

-Sí pero no somos desconocidos. En cuanto te jubiles nos casamos.

Y ella se reía.

-Pero antes viviremos juntos. Si nos va bien, para el verano vendes tu casa. Si le quieres dar el dinero a tus hijos, conmigo no lo necesitas. Te lo dejaré, si me muero antes.

-¡Ah qué bonito! ¿y dónde me voy si no nos va bien?

-Nos irá bien. A mi piso. Yo hago la comida y compro para cuando llegues del trabajo tengas todo hecho y vayamos o por la mañana o la tarde al gym y los tres días a la semana a bailes. Y los fines de semana o descansamos o vamos a ver a tus padres o vamos de escapadas, o donde nos apetezca. Exposiciones, conciertos cine, o pasear simplemente.

-Dios, te has vuelto loco Carlos…

-Por ti, sí, nos lo merecemos. Quiero que mi vida sea lo que soñé y quiero que la tuya siga siendo bonita en cada ciclo que vivas.

-Por dios me vas a emocionar Carlos. Eres la persona más generosa y buena que he conocido, detallista, romántico, tranquilo…

-No tan tranquilo, me alborotas en la cama.

Y reía y lloraba.

Y él la abrazaba fuerte.

-Venga vamos a dormir, mañana vamos al museo de arte moderno y paseamos por el paseo marítimo por la mañana.

-Por la tarde de compras- dijo ella.

-De compras.

-Quiero comprarme el vestido para fin de año y otro para Navidad, con los complementos.

-Vale me compraré un traje nuevo también. Y un par de camisas y un pantalón de vestir.

-Por eso has traído una maleta super.

Y Eva reía.

-Sí, meteremos todo allí menos tu traje.

-Venga gastemos.

Y ella se reía más aún.

-Pues me queda ir a por los reyes. Pero eso en Sevilla.

-Yo también, para mis hermanos y sobrinos.

-Vamos juntos cuando me den las vacaciones, ¿quieres?

-Claro.

-Y además tienes que ayudarme a comprar para el fin de año. Pero ahí no pagas nada.

-Mujer…

-Ni mujer ni nada.

-¡Está bien! Ya comerás en mi casa. Nos quedan dos loterías.

-Sí-Se reía Eva con él.

La mañana fue estupenda, tomaron su menú y echaron su siesta de orgasmos. A ella le encantaba cómo la miraba él y como se metía entre sus nalgas, lo hacía tan bien… Cómo la hacía suya, como sin palabras le hacía promesas para toda la vida.

Y a él le encantaba como se corría en ella, como se mojaba cuando la tocaba. Cómo se abrazaban y se besaban y la suerte que tuvo de encontrársela cuando creía que aún estaba casada. Y ahora era suya.

La felicidad no estaba solo en la juventud, estaba en el alma de los amantes. De las almas que se encontraban, en las emociones, en el amor y los detalles, en las miradas en la forma de andar, en la piel y el olor y todo eso era ella, ojos y momentos y vida.

Quería gritarle al mundo lo feliz que era, era invencible con ella. No había nada que no hiciera por ella. Y pedía a Dios tenerla con él muchos años. Los que la vida le había robado.

La tarde fue de compras, ella era maravillosa, encontraba vestidos hermosos y tenía gusto, ya no se ponía esos taconazos de joven, pero eran preciosos y elegantes. Y cargados volvieron al hotel para salir a cenar.

Al siguiente día, saldrían a desayunar y para Sevilla y esa semana ya le daban a ella las vacaciones y era Navidad.

Habían quedado tras el fin de año en ir a por los regalos. Estaban ya las rebajas y así podían comprar más y mejor.

Y en Navidad él fue por la mañana a su casa y estuvieron tomando por ahí unas tapas y raciones y el café. Fueron a casa de ella e hicieron el amor.

-Es que nena me tienes a palo seco, tres días sin nada.

-No te vas a morir por eso.

-Pero te echo de menos, niña.

-Y yo a ti.

-Pues me vengo esta noche sea la hora que sea y mañana comemos aquí o en mi casa los tuper. Si falta salgo al bar y me traigo algo.

-Me parece una buena idea, pero vendré tarde.

-Y yo, me envías un wasap y vengo.

-Voy a decirles a mi madre y a Jaime y a mi hermana que salimos.

-¿Se lo vas a decir valiente?

-Sí, se lo voy a decir, no tenemos por qué escondernos, somos ya mayorcitos y si nos ven de la mano…

-Sí, se lo diré a mis hermanos, no se lo van a creer.

-Sí, imagino la cara de todos - decía Eva.

Y así en la cena de Navidad mientras comían en casa de la madre de Eva con sus hijos, su hermana y Óscar, el marido de su hermana y su sobrino, su madre y Jaime dijo:

-Tengo que daros una noticia.

-Espero que sea buena hija -y todos se quedaron callados.

-Estoy saliendo con un hombre.

-¿Cómo?- dijeron asombrados.

-Mamá- le dijo su hija Lola.

-Sí así es, desde antes del puente.

-¿Pero es de aquí?, ten cuidado.

-Lo tengo.

-Ya te veía una cara resplandeciente- le decía Jaime que era el que casi se alegraba más.

-Hija creo que mereces salir con alguien eres joven y de lo de Robert hace ya tres años y tienes derecho a ser feliz.

-Y lo soy. Es Carlos, mamá, no te lo vas a creer…

-Carlos… Carlos, ¡el primero!

-Sí, mi primer amor.

-¡Madre de dios!

-Mamá tu primer amor…

-Sí hijos. Es un hombre encantador, lo veréis en fin de año en casa, lo he invitado, ya no tiene padres y sus hermanos se van con sus suegros y se queda solo.

-Carlos por dios, decía su madre, ¿pero no estaba en Italia?

-Sí, se casó y se divorció hace cinco años. Se ha jubilado y se ha venido al pueblo. Tiene un piso en el centro.

¿Cómo es abuela? - decían los hijos de Eva.

-Es, bueno era guapo, muy alto y era un chico buenísimo. A mi me gustaba y su madre era una mujer maravillosa que murió joven de un cáncer. Y contó la historia. Estaban en el colegio.

-¿Tiene hijos?- le preguntó Jaime

-No, no ha tenido hijos, vive solo. Pero está en forma, hace mil actividades, hemos estado en el Rocío, ya os repartí la lotería, al menos nos han tocado 300 euros, fuimos a Cádiz a Málaga y tu gira por Sevilla mamá, allí nos vimos en la Avenida la Constitución.

-¡Estoy tan feliz!…

-Mamá, deber ser feliz, papá lo querría.

-Sí, me he sentido infiel y culpable, pero él es tan maravilloso. Y les estuvo contando emocionada.

-Me alegro tanto, hija…, tengo ganas de verlo.

-Se va a sentir solo y observado, así sed buenos con él. Él lo es conmigo.

-Bueno, una buena noticia, no quiero irme y verte sola, al menos que tengas un compañero de vida, y quien mejor que el primero que sea el último.

-Eso dice él.

-¡Quien lo iba a decir Jaime!, ¡qué cosas!... y Jaime le cogía la mano. Fue tan tierno… y tan emocionante que Eva lloró emocionada.

-Vamos mamá- le decía su hijo Rubén. Queremos que seas feliz. La vida es corta, y nosotros también te queremos decir algo, si podemos llevar yo a una chica en fin de año.

-Y yo a un chico -le dijo su hija Lola.

-¿En serio?- decía la abuela. Me encantará conocer a todos. Vamos a ser…

-Ocho. Venga contarnos quienes son a ver si conocemos a sus familias.

La novia de Robert era enfermera. Y el novio de Lola era el fisioterapeuta que llevaba el centro privado y el público.

-Bueno, esto hay que celebrarlo- decía Jaime.

Y estuvieron hablando de quienes eran, sus familias y cómo los conocieron, pero el bombazo fue el de Eva, su madre la miraba y era feliz. Y aún guardaba en su memoria la frase de su hija, y se la recordaría algún día.

Por su parte cuando Carlos les dijo a sus hermanos que salía con Eva, no se lo creían, les contó

que tenía dos hijos mayores y que siempre estuvo enamorado de ella. Brindaron igual que la familia de Eva, porque sabían que su hermano nunca fue del todo feliz, salvo un trabajador nato.

-Hermano, me alegro tanto por ti- le decían- te la mereces, nos gustaba tanto y a mamá, ¡ojalá te viera ahora con ella!, la quería tanto…

-Pues se saldrá con la suya desde donde esté.

-Te la ha mandado ella que lo sepas, le decía su hermana. Te mereces ser feliz.

-Lo soy tanto, ahora con ella. Es tan especial.

-Tenemos que juntarnos un día todas las familias para conocernos.

-¿Y si comemos en reyes?, ellos van a comer.

-Mejor otro fin de semana que no sean las fiestas.

-Para febrero.

-Vale, mejor.

-Bueno, vamos a brindar por mi hermano. Porque sea feliz. Y por volver a estar todos juntos de nuevo.

-Gracias.

Eran casi la una de la mañana cuando Eva se fue a su casa y él llegó a las una y media, la abrazó y la besó fuerte.

-¡Qué guapa estás!

-Gracias, tú también encanto.

-Vamos a sentarnos un ratito ya tengo comida para los dos para mañana, pero quiero contarte algo.

-Después no me aguanto quitarte ese vestido, cierra ya con llave.

-¡Qué loco estás hombre!

-Hay tiempo de contarme lo que quieras, no necesitamos madrugar, mañana vamos a la churrería.

-Me encantan los churros, -decía ella.

-Vamos, y subieron a la habitación y le quitó el vestido y la amó como nunca la había amado. Le hizo el amor delicadamente, con ternura y pasión y al final se volvieron locos. Su media de tres veces la cumplieron con ganas.

Y cuando estaban descansando. Ella le dijo:

-Se lo he dicho a mi familia.

-¿Y qué?

-Mi madre está tan encantada… está deseando verte. ¿Y los tuyos?

-Se han quedado alucinados con que eras tú y además de que saliera con alguien.

-Bueno una cosa solucionada.

-Hemos pasado una prueba.

-Sí, estoy contenta Carlos.

-¿Lo ves mujer?, si hasta tus hijos te dan el visto bueno.

-Tenía un poco de miedo, no hace tanto de lo de su padre.

-Eva, hace más de tres años mujer.

-Lo sé, pero sabes cómo son los chicos -

-Egoístas, pero no los tuyos.

-No, los míos no lo son. Espero que les gustes.

-Bueno, mañana ya tenemos planes, vamos a dormir tranquilos nena. Estoy hoy muerto.

Y el 25 solo salieron a dar un paseo por la mañana a por sus churros, el resto lo pasaron en casa, viendo una peli y charlando comiendo, café y cena. Y sexo, mucho sexo.

Y ella ya tenía vacaciones hasta después de Reyes y él dijo que eran muchos días que podían ir de viaje a algún sitio.

-¿Quieres arruinarme?

-No mujer, te invito al viaje.

-En invierno ¿dónde vamos a ir?

-¿Quieres ir unos días a ver la Navidad a Nueva York?

-¿Lo dices en serio?

-Pero si es 25.

-Por eso, nos podemos ir mañana por la tarde 26, estamos 27, 28, 29, 30 y nos venimos temprano y así dormimos y compramos el 31 por la mañana.

-Vamos a estar apenas tres días.

-Bueno pues a otro lado.

-No si me gusta la idea, Nueva York es bonito en Navidad.

-¿Vemos los vuelos?

-Venga tú que sabes…

-Mira hay uno esta noche a las doce.

-Son las siete. Estaremos para las doce, dejo el coche en el aeropuerto. Y podemos venir el 30 por la mañana.

-¡Ay dios qué loco!

-¿Y las maletas?

-Venga muévete y voy a casa y paso a por ti. Lleva ropa de abrigo

Y llegaron con el tiempo justo para facturar la maleta y el bolso lo llevaría en la mano.

-Con carreras y todo.

-Esto es una locura Carlos.

-Ahora cenamos algo y dormimos.

Y así lo hicieron y de madrugada estaba en un hotel de Manhattan durmiendo hasta casi el otro día.

-¿Hemos perdido un día?

-Pues aprovecharemos este y los dos siguientes.

-Y salieron por la mañana a desayunar.

-¡Qué bonito por dios! Había venido a Nueva York, pero no en Navidad. Y se hicieron fotos y se las envió por wasap a sus hijos y a su madre.

-Pero qué locos…, decía su madre, están en Nueva York.

-Déjalos, le decía Jaime. Que disfruten, ¡qué fotos más bonitas!

-Mira cómo está Carlos, sigue siendo el chico tan alto y guapo que conocimos.

-Sí que es atractivo, hacen una bonita pareja. Eva se ve tan feliz…

-¿Verdad?

-Sí cielo. Dice que viene para el 30. Que la cena sigue en pie.

-Va a viajar más que con Robert.

-Sí- y se reían.

CAPÍTULO XI

Pasaron unos días en Nueva York de locura. Hacía un frio de vértigo, pero Manhattan estaba precioso, la Quinta Avenida…, todo adornado en Navidad. Algo incomparable a lo que se había visto. Pasaron unos días que no pararon de ver tiendas, desayunar, comer. Fueron a ver por las mañanas a los barrios más famosos, echaban su siesta y por la tarde en Manhattan y el parque. Fue maravilloso, fue un viaje corto que se les hizo aún más corto y allí compraron algunos regalos para los reyes.

Volvieron cansados y debían dormir para preparar el fin de año en casa de Eva. Ella ya tenía pensado qué iba a hacer de cena y hacía mentalmente la compra, lo que iba a necesitar para la cena de fin de año.

-No te preocupes tanto, vamos a descansar y ponemos coladas, vamos a hacer la compra y yo te ayudo mujer. No te estreses.

-Es verdad, me preocupo demasiado.

-Descansa que nos quedan horas para llegar. Piensa lo bien que lo hemos pasado.

-Sí, voy a ver si duermo un rato.

Y se quedó dormida. Y él también echó una cabezadita.

Durmieron al llegar y una vez la casa y la ropa limpia, él también había ido a dar un repaso a la suya, quedaron por la mañana del 31 al levantarse, ir a desayunar y a la compra y ponerse a hacer la comida, preparar la mesa para ocho, etc.

Llevaban una lista y tomaron unas tapas fuera al mediodía.

Y cuando eran las diez de la noche empezaron a venir todos, estaban vestidos y la mesa puesta preciosamente adornada.

Saludaron a Carlos, su madre lo abrazó después de tantos años, y sus hijos lo saludaron, Jaime también.

Se fueron sentando y a todos les cayó muy bien Carlos. Era educado, era un señor, con ese aire juvenil, simpático y que hablaba cuando debía y la miraba con amor. Y de eso se dio cuenta su madre, de que nunca la había olvidado y de que lo merecía, se merecían darse una oportunidad. La vida era corta, y ella bien lo sabía. Los novios de sus nietos eran buenos chicos y guapos y a Eva les encantó y fue mutuo. Ella nunca se había metido en la vida o los novios de sus hijos. Como su madre hizo con ellas.

La noche fue genial, se rieron mucho y la comida estuvo buenísima. Luego tomaron café, copas y bombones, mantecados… las uvas…

Los nietos se fueron y dejaron a los abuelos en casa tan como los habían traído mientras ellos recogían todo y dejaron lista la casa. Su hermana quiso ayudarla, pero ella le dijo que no, que se fueran, que ellos recogían. Se abrazaron y se fueron.

Después se fueron ellos a ver los fuegos y a su hotel. Vieron los fuegos desde la terraza del hotel con toda Sevilla iluminada. Algo que te llega al corazón, esa belleza de la naturaleza y de los

hombres, incomparable.

Bailaron un rato en el salón de fiestas del hotel y cuando a las tres de la mañana estaban cansados, se fueron a dormir. Se habían llevado un bolso con ropa para el día siguiente, que dejaron en la habitación.

-Estoy muerta niño. Hay que descansar hasta los reyes.

-¿Pues no dices que hay que comprarlos?

-Sí, pero un solo día, aunque sea mañana y tarde o comamos fuera, pero quiero estar tranquila estos días.

-Lo estaremos, paseos, leer, casa y cine en casa.

-Eso es.

-Yo hago la comida para que descanses.

-¡Ay mi niño!, ¡qué bueno eres!

-¿En qué sentido?- le decía él.

-En todos.

-No se hable más, le decía mientras se desnudaban.

Hicieron el amor solo una vez. Estaban tan cansados que se quedaron dormidos hasta las 12 del día siguiente.

-¡Madre mía!, sí que hemos dormido, Carlos.

-Lo que necesitábamos mujer. Ven, quedémonos media hora más.

Y se quedaron abrazados.

-Ha sido una bonita navidad Esta ¿verdad?

-Contigo maravillosa.

-Pero no hemos parado.

-Pararemos y descansaremos, solo quedan los reyes y eso solo es verlos y llevar al día siguiente. Verás a mis hermanos. Están deseando verte.

Se levantaron y se vistieron y estuvieron desayunando cerca del hotel y luego se fueron al pueblo.

La dejó a ella en su casa y él fue a la suya a bañarse y cambiarse.

Lo mismo hizo ella y luego sobre las tres, estaba en su casa de nuevo Carlos y comieron y durmieron de nuevo. Tomaron café e hicieron el amor en el sofá. Y allí estuvieron dormitando y charlando hasta la cena. Se acostaron temprano y durmieron esa noche otra barbaridad.

Se levantaron descansados. Era dos de enero y fueron a dar un paseo al parque y a desayunar. Y ese día lo pasaron en el piso de él y allí durmieron.

A ella le gustaba el piso, era grande, era luminoso y la verdad es que ella debería comprarse uno,

pero él le dijo:

-No te compres nena. Cuando te den las vacaciones de verano, te vienes aquí y pones tu piso en venta. Te lo dije.

-Creo que le daría en ese caso el dinero de la casa a mis hijos para que se compren algo. Yo tengo mi sueldo y el seguro de Robert y parte de su casa, aunque me gasté algo de lo que teníamos en reformarla.

-La venderás más cara reformada.

-Bueno, descontaré algo y cuando pague los impuestos, veré qué les doy.

-¿Entonces te vendrás?

-Me vendré, me encanta, es céntrico y mi casa está ya a las afueras y como tú dices, tiene más trabajo. Y tu piso está al lado de todo. ¿Quieres que te compre la mitad?

-No, no quiero, eso es dar dinero a Hacienda, y no se lo vamos a dar.

-Bueno, tengo que dejar para un piso, por si me dejas.

-¡Qué boba eres!, jamás te echaré, esta será tu casa. Y te la dejaré si me pasa algo.

-Pero Carlos, o hables de eso, además, tienes familia.

-Pero esto lo he ganado yo. Quiero que… Bueno empecemos por vivir juntos.

-En verano, dijo ella.

-En verano. Ya llevaremos unos meses saliendo.

-A lo mejor alguno de mis hijos quiere la casa.

-Pues si la quiere se la dejas un poco más barata, haces cuentas y la otra parte para el otro.

-Sí, porque es preciosa y está amueblada bonita.

El día cuatro estuvieron todo el día de compras.

El cinco fueron a verlos, no toda la cabalgata, pero sí parte, la otra parte la vieron desde el balcón del piso de Carlos. Pasaba por allí.

Al día siguiente les llevaron los reyes a la familia de Carlos primero. Y todo fueron abrazos y enhorabuenas, habían cambiado, claro que sí, a los niños y chicos les encantaron los regalos y ella les dio el suyo también.

Se tomaron un café, pero habían quedado con los padres de Eva. Y decidieron ir otro día a comer juntos. Más adelante.

Y en la casa de la madre de Eva, dieron todos los regalos para los demás, tomaron roscón, recibieron los suyos y al medio día entre los chicos recogieron todos los papeles y los tiraron a la basura. Y dejaron recogido el piso.

Tenían una mesa reservada en un bar, porque ese día todo el mundo salía a comer.

Pasaron un día maravilloso con toda su familia- decía Celia.

Siempre pagaban ellos ese día. No había discusión. Celia era una matriarca nata y pasaron un día maravilloso, fueron a otro lado, una cafetería a tomar café y pagaron la hermana Estela y Eva, como era costumbre.

Y dejaron a los abuelos y se fueron cada uno a su casa.

-Mañana ya empiezo a trabajar, niño- le decía con pena Eva a Carlos. Menos mal que voy de día y así puedo descansar por la tarde. Lo del gym y bailes, lo dejaré para febrero.

-Está bien cariño. Descansa.

Y así, él la dejaba algunas noches sola y otras, ella lo llamaba.

Los fines de semana siempre estaban juntos, salían ese mes por el pueblo o Sevilla.

Y en febrero igual, salvo el día de los enamorados, que tocó en sábado y fueron a Cádiz, al mismo hotel que ya fueron y allí, Carlos le regaló un anillo de compromiso.

-¡Ay dios, Carlos!, estás loco, si hace apenas tres meses que nos conocemos.

-¿Te arrepientes?

-Nunca en la vida.

-Pues quiero que la lleves. No tienes. Ni alianza ni anillo.

-No cuando nos hicimos pareja de hecho, nunca tuvimos.

-Pues ahora tienes el mío.

-Pero eso implica…

-Implica que quiero que te cases conmigo, cuando quieras, primero viviremos juntos como quieres y cuando estés lista, nos casamos. Así si espero hasta tu jubilación, espero y si no, pues antes.

-Pero me queda más de un año y medio.

-Pues al año y medio o antes nos casamos, ¿qué me dices?

-Que sí. Que nos casamos si Dios quieres en esta fecha el año que viene.

-Fecha tenemos entonces. Aunque te queden unos meses para jubilarte, estarás conmigo.

Y sellaron su amor haciéndolo, como mejor sabían.

Era una promesa.

Y así vinieron de Cádiz con esa promesa y sus hijos y familia estaba tan contentos que, quedaron todos a comer para celebrarlo, las dos familias. Y fue maravilloso con tanta gente y ellos pagaron.

Y así pasó el tiempo y llegaron las vacaciones y la hija de Eva, Lola quiso quedarse con la casa. Se la vendió más barata con los muebles y ella y el novio se fueron a vivir allí. Y cuando su hija le pagó la casa que fue entre ambos, ella le dio la mitad a cada uno de sus hijos.

-Pero mamá…

-Así la pagas antes o guardas ese dinero para ti si él no pone la otra mitad. La vida da muchas vueltas.

-La tengo a mi nombre, mamá.

-Perfecto pues amortiza ese dinero. Los muebles lo tienes.

Y a su hijo Rubén, le dio lo que le había dado a su hija y algo más por los muebles. Y se quedó con su sueldo, su seguro, el piso de Robert y el dinero que tenían ahorrado. Porque ella gastaba de su sueldo.

Colocaron la ropa y lo que quiso llevarse al piso de Carlos y éste estaba tan contento y empezaron a vivir juntos de verdad, como él quería y se fueron a Santorini diez días y otros cinco a Atenas. El resto a su Cádiz, a la playa.

Y cinco días en casa descansando.

Y estaba deseando que pasara un año más porque se jubilaba en junio, pero se casaba en febrero y todos echaron una mano.

Ellos querían hacer una boda con familia y amigos, pero desde luego Carlos no dio su brazo a torcer a que no fuese por la iglesia. Para lo bueno y lo malo. Y que se vistiera de blanco.

Y el 14 de febrero se casó con el primer amor de su vida en una boda preciosa, bonita íntima y de blanco, largo, con un vestido de encaje bonito, recto y con una mantilla blanca.

Su madre y Jaime fueron los padrinos y los hermanos y sobrinos hicieron de damas de honor y padrinos.

Y lo celebraron en un salón con unas 70 personas, nada más. Baile y Carlos fue el hombre más feliz de la tierra, había cumplido su sueño. Ahora el circulo se cerraba. Esos meses de vivir juntos, fue lo mejor que le pasó en la vida.

Le dieron quince días por casarse a Eva en el trabajo y en marzo se incorporó.

Su luna de miel fue para ir a París, la ciudad del amor.

A Carlos le parecía poco todo para ella.

-¿Pero Carlos cuánto dinero tienes?, no podemos gastar tanto.

-Pero si no gastamos tanto. Para qué quieres saberlo, yo no te pregunto lo que tienes.

-Tengo una buena pensión del trabajo y dinero ahorrado. Pero te compraste el piso este y un coche que vale una pasta.

-Tengo dinero, mujer para vivir, sin que tengas nada y sin que trabajes.

-Sí. Se reía ella. Si me quedan tres meses y me jubilo.

-¡Qué ganas tengo!

-Iremos a la playa en junio y cuando vaya la gente nos quedamos en casa este año.

-Ahora piensas con la cabeza-dijo ella.

-Ahora mismo no estoy pensando con la cabeza, nena.

-¡Qué loco!

-Estabas maravillosa en la boda. La novia más bonita del mundo y nos dieron dinero. Pagamos la boda y tenemos ese dinerito para la playa.

-Y el Rocío

-Iremos un día, solo al Rocío.

-Solo, ya iremos a por la lotería- y Eva se reía.

Y pasaron los meses y ella se jubiló y él por fin la tenía en casa. Hicieron una comida con la familia que ya se hacía familiar en algunos eventos.

Se fueron a Cádiz y a la Virgen a dar las gracias.

Y el verano lo pasaron en casa, hacía mucho calor. Iban a ver a su madre que estaban ya mayores, y a ella le daba pena.

Y esperaba que les durara más años, que al menos estaban bien.

Pero tenían su edad.

En los siguientes años, sus hijos se casaron y Jaime murió, dejándolos sumidos en una gran tristeza, sobre todo a su madre que ya no se encontraba muy bien.

Se la llevaron a su casa, a Carlos no le importaba. No querían dejarla sola y una residencia era inviable para Eva.

Una tarde en la que tomaban café la madre le dijo a Eva:

-¿Recuerdas cuando dejaste a Carlos de joven?

-Mamá, hace tanto tiempo que no recuerdo, serían por tonterías.

-Recuerdo que me dijiste una cosa. Y nunca la he olvidado.

-¿Qué cosa?

-Me dijiste:

-Yo creo que algún día nos casaremos Carlos y yo. Lo sé.

-¿Te dije eso?

-Sí cariño.

-¡Ay, mamá!, ¿pues cómo te acuerdas de eso?

-Tengo buena memoria. Y me alegro tanto… Aunque me falta Jaime. Y sé que me iré con él. Cuando me acuesto, me llama.

-¡Ay, mamá!, no digas eso, con nosotros estás bien.

-Muy bien, pero debes vivir tu vida, yo tengo ya 90 años y me toca. Él se fue hace menos de un año y lo echo tanto de menos…- y estuvieron llorando un rato.

-Entiérrame con él hija, me quemas y en el nicho pequeño me metes con él.

-Mamá, no hables de eso. Por dios.

-Bueno, ya lo sabes.

Y en menos de una semana su madre murió y se hizo lo que ella dijo y pusieron otra foto como la de Jaime. Los dos juntos. No quiso con el padre de ellas. Y así se hizo.

Eva estuvo un tiempo mal, pero su madre era ya mayor y era ley de vida y tenía que vivir aun lo que quedaba.

Con 69 años y Carlos era feliz.

Su vida era ir al gym por la mañana, un paseo y a desayunar, se llevaban la compra y recogían la casa y él se metía en la cocina.

Luego leían o se sentaban en el sofá y se abrazaban o echaban una siesta de día, o hacían el amor y se acariciaban. Recordaban y miraban fotos incluso de cuando eran jóvenes. Leían paseaban o iban con sus tradiciones. Viajaban…

Nunca supo por qué dios le había mandado a ese hombre maravilloso de nuevo, pero ya llevaban cinco años casados y casi dos juntos.

Bailaban en bailes de salón y vieron a sus nietos crecer.

Y cuando sus nietos le preguntaban: abuela ¿cuántos amores has tenido? Porque esa era la historia que ella les contaba, la de sus tres amores.

-Ella decía: tres, mis tres amores. Y les contaba la historia y sus nietos se quedaban embobados siempre y Carlos la veía feliz y se reía. Desde la cocina, que ya era suya.

Y así con el amor de su vida, el primero y el ultimo vivieron muchos años juntos, no tan fogosos ya con la edad, pero como dijo Carlos:

-Me conformo con darte la mano y tomar el solecito en el parque, mirarla y acariciarla con la ternura de la que era capaz cuando uno ama. Y ama para siempre.

Estando acostados una noche…

-¿Nena has sido feliz conmigo?

-Lo dices como si te fueses a ir mi amor.

-No me voy todavía.

-Si, he sido muy feliz contigo y eso que me sentí culpable, pero has sido el primero y el último.

-Con el último me conformo. Te quiero Eva. Lo que nos quede.

-Te quiero Carlos, mi amor. Lo que dios quiera.

-¡Qué religiosa te has vuelto!

-Por tu culpa. Todo ha sido por tu culpa, pero ha sido una culpa tan maravillosa que no me importaría irme. No tengo miedo.

-Bueno dejemos esta conversación. Solo quiero decirte lo que te amo.

-Y yo a ti.

-¿Dormimos mi amor?

-Sí.

-¡Hasta mañana cielo!

-¡Hasta mañana mi niño!